



Richard Simonetti

**QUEM TEM MEDO
DOS ESPÍRITOS?**

Richard Simonetti

¿Quién tiene miedo
de los
Espíritus?

Traducido por R. Bertolinni

Índice

0. Miedo de la propia especie
1. Población universal
2. Los secretos de Dios
3. Vestidos de luz
4. ¿Involución o revelación?
5. El porqué de la renovación
6. Sobre todo, consolador
7. Silogismos
8. Solución simplista
9. Contactos inmediatos
10. Espiriteros
11. En los ojos de ella
12. Inversión sexual
13. El quinto hijo
14. Hereditariedad moral
15. Pocas plazas en la escuela
16. Fiesta de Indio
17. Evolucionando siempre
18. La orquesta y el CD
19. ¿Alma gemela o esposas?
20. Recuerdo de los vivos

Los Espíritus revestidos de sus cuerpos materiales constituyen la Humanidad o mundo corporal visible; despojados de esos cuerpos, forman el mundo espiritual o invisible, que llena el espacio y el medio en el cual vivimos sin de esto desconfiar, como vivimos en el mundo de los infinitamente pequeños, del cual no sospechábamos antes de la invención del microscopio.

Los Espíritus no son, pues, entes abstractos, vagos e indefinidos, sino seres concretos y circunscritos, a los cuales solo falta la facultad de ser vistos, para que se asemejen a los hombres; donde se sigue que si, en un dado momento, pudiese ser levantado el velo que los esconde, ellos formarían una población a nuestro alrededor.

Allan Kardec, en “El Principiante Espirita”

Miedo de la propia especie

Durante años veníamos comentando “El libro de los Espíritus”, en las reuniones públicas del Centro Espirita “Amor y Caridad”, en Bauru.

Procuramos, hasta incluso frente a nuestras limitaciones para vuelos más altos, enfatizar los temas al respecto de lo cotidiano, recordando episodios pintorescos y experiencias edificantes que enriquezcan la narrativa.

De esa incursión por la obra mayor de la Doctrina Espirita vinieron a la luz dos libros:

“La Constitución Divina”, que aborda las Leyes Morales, en la tercera parte.

“Una forma de Ser Feliz”. Relativo a las Esperanzas y Consolaciones, en la cuarta parte.

Sometemos ahora a su apreciación, amigo lector, comentarios en torno de la segunda parte, enfocando “Del Mundo Espirita y de los Espíritus”.

Frecuentemente nuestro apreciado compañero Sebastião Carlos Gomes de Barras, que preside aquellas reuniones, anuncia el estudio explicado que “El libro de los Espíritus” es nuestro libro.

Esa observación es conveniente, dado que mucha gente tiene miedo de todo al respecto de los Espíritus, sin comprender que todos lo somos, con la diferencia de que estamos usando una escafandra – el cuerpo físico – para transitar por la materia densa.

Al tratar del origen y naturaleza de los Espíritus y del Mundo Espiritual, Allan Kardec formuló preguntas a los mentores que lo asistían, cuyas respuestas sintetizan tratados sobre el asunto.

Allí tenemos raciocinios claros y objetivos que nos permiten superar ese miedo irracional de seres de nuestra propia especie, solo porque no están revestidos de carne.

Nos detuvimos en torno de los seis primeros capítulos de la segunda parte, aprovechando las preguntas que nos parecían más representativas, con modestas contribuciones para apreciación actual de ese insuperable compendio de sabiduría que es el Libro de los Espíritus.

Población universal

¿Qué definición se puede dar de los Espíritus?

Se puede decir que los Espíritus son los seres inteligentes de la creación. Pueblan el Universo, fuera del mundo material.

Según concepciones teológicas inspiradas en textos bíblicos, Dios creó al Hombre y lo colocó en el mundo para reinar sobre todos los seres vivos.

Al final de la existencia física el Espíritu, componente inmortal de la personalidad humana, duerme hasta el remoto juicio final. Entonces ocurrirá un sorprendente milagro. El cuerpo volverá a la vida, incluso que no le reste ni un hueso siquiera, o una simple célula, átomos dispersos que, a su vez, entrarán en la composición de incontables organismos vivos.

Tendremos una bomba atómica demográfica que incluso Malthus, en sus pesadillas más tétricas sobre la expansión de la población, jamás podría soñar. Simplemente no habrá espacio para tanta gente.

La situación será solucionada después del juicio. Los buenos aquí permanecerán, en beatitud eterna, transformada la Tierra en paraíso. Los malos serán confinados en el infierno, en otra parte, en tormentos interminables, en una demostración de incompetencia divina, un Dios que no consiguió salvar a sus hijos ya que, presumiblemente, el Eterno no pretendía que ninguno de ellos se perdiese.

El tiempo envejeció esas teorías. Rechazándolas, invariablemente, aquellos que adquirieron el saludable hábito de cuestionarlas.

A partir del siglo XVIII, cuando la Humanidad readquirió la vocación de pensar, después de la oscuridad medieval impuesta por liderazgos religiosos que defendían a hierro y fuego sus posiciones escatológicas, la Ciencia inició el dismantelamiento de ese legado de fantasías.

Sería rematada ingenuidad, por ejemplo, creer hoy que la Tierra es el centro del Universo y el Hombre, el rey de la creación, como se imponía antes. Está demostrado que nuestro mundo es una mota de polvo cósmico que gravita en torno de un carbón incandescente – el sol, humilde estrella de quinta grandeza. Nuestro sistema se mueve casi anónimo en la Vía Láctea, un aglomerado de más de cien mil millones de estrellas, algunas tan grandes que, colocadas en el lugar del sol, engullirían hasta el mismo Plutón, el planeta más distante de nuestro otro, “astro rey”.

Y hay billones de galaxias en el Universo. Por otro lado, se sabe que una estrella madre, con sus “hijos”, los planetas, no son un acontecimiento aislado. Creen los astrónomos que solamente en la Vía Láctea hay por lo menos cien millones de planetas; en lo mínimo cien mil con vida inteligente y mil con civilizaciones más evolucionadas que la nuestra.

Todo eso inspira preguntas perturbadoras.

¿En otros planetas habitados también ocurrió el pecado original de los textos bíblicos?

¿Si la respuesta es negativa, disfrutaban sus habitantes de la inmortalidad física, ya que aquí experimentamos la muerte en su consecuencia?

¿Cuál es el criterio adoptado por Dios para distribuir la población universal?

Unos en mundos dichosos, que desconocen el sufrimiento y la muerte, exentos de tentaciones y caídas, paraísos no maculados por el pecado original; otros, en mundos de miserias como la Tierra, usando cuerpos frágiles y perecibles, bajo el asedio implacable de poderes infernales que los inducen a la perdición...

¿Todo esto porque un supuesto matrimonio original cometió el original pecado de buscar el conocimiento?

Más tarde o más temprano caerán las barreras dogmáticas que impiden el ejercicio de la razón, como cayó el muro de Berlín que impedía el ejercicio de la libertad.

Concepciones teológicas medievales deberán ser repensadas, asimilando los progresos de la Ciencia, o fatalmente las religiones que las sustentan desaparecerán por anacrónicas, incompatibilizadas con la lógica y el buen sentido.

Algo se ha hecho en este sentido. Teólogos progresistas defienden la idea de que el dogma religioso no es inmutable. Esto significa que los textos religiosos no son “la palabra de Dios”, sino la palabra del Hombre al respecto de la divinidad. Son pasibles, por tanto, de evolución, acompañando el perfeccionamiento de la inteligencia humana.

El padre francés Teilhard de Chardin, cuya obra es bastante divulgada en la actualidad, propone una idea avanzadísima, la evolución del Espíritu. Tenemos aquí una revolución teológica. Si el Espíritu es perfectible, esto es, pasible de perfeccionamiento, las faltas que cometa son mera consecuencia de su imperfección, razón por la cual debe ser educado, jamás confinado en abismos infernales sin remisión.

El propio infierno existió no como un lugar donde el culpable deba permanecer todo el tiempo, sino como un estado de consciencia infeliz, que compone su tiempo de redención.

La extensión de esas ideas fatalmente desembocará en el Espiritismo, completándose esa capacidad evolucionista con el conocimiento de la Reencarnación y de la Ley de Causa y Efecto.

Ordenando nuestros raciocinios para el abordaje de los enigmas del Universo, la Doctrina Espirita define a los Espíritus como los seres inteligentes de la Creación.

El complemento “fuera del mundo material”, es de fundamental importancia para comprender que las incontables galaxias, con sus sistemas solares y desconocidos planetas que pululan en el infinito, no representa un mero ejercicio diletante del Creador, ni fueron hechos para deleite de nuestros ojos o para dar trabajo a los astrónomos.

Son todos ellos moradas de Espíritus en variados niveles de evolución, atendiendo a experiencias específicas, relacionadas con sus necesidades evolutivas.

Esa población universal se esparce por el cosmos, sumergiéndose en la materia, en “escafandras” semejante al cuerpo físico que usamos o componiendo comunidades espirituales, donde no haya esa posibilidad o necesidad de ello.

Así, Espíritus, que somos, los seres pensantes de la Creación, hacemos nuestro tránsito evolutivo, en el desdoblamiento de gloriosas experiencias rumbo a lo angelical.

En los caminos iniciales, como aquellos en que nos encontramos, siempre habrá vacilaciones y caídas, desvíos y comprometimientos con el error, fruto de nuestra inmadurez. Pero, inexorablemente, tocados por el dolor, la respuesta de la Vida a nuestros engaños, y maduros por la experiencia, caminamos para la perfección.

Advirtiendo no pretender definiciones absolutas, Kardec aborda esa ascesis en “El libro de los Espíritus”, estableciendo una escala con tres órdenes, en diez categorías evolutivas.

Considerando que esa clasificación vale también para las criaturas humanas, Espíritus encarnados tenemos allí una ruta de valoración para nuestra propia condición, permitiéndonos constatar en que categoría nos situamos.

Ya en la introducción de la Tercera Orden, la más elemental, podemos percibir porque la tierra es considerada un planeta de expiación y pruebas, que ocupa una humilde posición en la sociedad de los mundos, ya que pocos no se encuadran en ella, lo que podemos constatar viendo algunas de sus características:

Predominancia de la materia sobre el Espíritu.

Inclinación para el mal. Ignorancia, orgullo, egoísmo y todas las pasiones que les son consecuentes.

Tienen intuición de Dios, pero no lo comprenden.

Unos no hacen el bien ni el mal; pero, por el simple hecho de no hacer el bien, ya denotan su inferioridad. Otros, al contrario, se complacen en el mal y se alegran cuando una ocasión se les presenta para hacerlo.

La inteligencia puede encontrarse en ellos aliada a la maldad o a la malicia; sea, pues, cual sea el grado que hayan alcanzado de desarrollo intelectual, sus ideas son poco elevadas y más o menos abyectos sus sentimientos. Pero podemos “quemar etapas”, en nuestra jornada evolutiva, imitando los ejemplos de los Espíritus puros, que alcanzaron lugares más elevados.

Dice Kardec al respecto de ellos: Gozan de inalterable felicidad, porque no se encuentran sometidos a las necesidades, ni a las vicisitudes de la vida material. Esa felicidad, pues, no es la de la ociosidad monótona, transcurriendo en perpetua contemplación. Ellos son los mensajeros y los ministros de Dios, cuyas órdenes ejecutan para el mantenimiento de la armonía universal.

(...) Asistir a los hombres en sus aflicciones, estimulándolos al bien o la exposición de las faltas que los conservan distanciados de la suprema felicidad, constituye para ellos ocupación gratísima.

De lo que saben y de lo que pueden Espíritus de esa estirpe tenemos un ejemplo destacado en Jesús, que sintetizó en breves enseñanzas las leyes morales que rigen nuestra evolución, vivenciándolas en plenitud, del pesebre a la cruz.

Los secretos de Dios

¿Se forman los Espíritus espontáneamente, o proceden los unos de los otros?

- Dios los crea, como a todas las demás criaturas, por su voluntad. Pero, una vez más lo repito, su origen es un enigma.

Pregunta nº 81. “El libro de los Espíritus”

Delante de dudas sobre sus proposiciones, la teología dogmática descarta cualquier irrecurrible afirmación: misterio, un secreto de Dios, enseñado solo cuando el Creador se dispone a obsequiar al Hombre con una revelación. Y no siempre eso resuelve el problema. El Dogma de la Santísima Trinidad, por ejemplo, una “revelación” justificando porque Jesús, siendo Dios, como se pretende, se refería a sí mismo como un simple siervo y mensajero del Eterno, es una solución tan misteriosa como el enigma que pretende demostrar.

Baluarto inexpugnable del dogma, el misterio reina, soberano, al frente de delirantes fantasías teológicas que subestiman a la razón.

Si contestamos la resurrección de Jesús, considerando la irreversible desagregación celular impuesta por la muerte, se informa: misterio.

Si enfrentamos la equidad divina con la diversidad de las situaciones humanas, donde hay ricos y pobres, santos y perversos, buenos y malos, sanos y enfermos, genios e idiotas, atletas y tetraplégicos, desde la cuna, se proclama: misterio.

Si vemos extraño la doctrina de las gracias, según el cual Dios tendría escogidos para la salvación, contrariando el más elemental principio de justicia, viene la misma cantinela: misterio. Así como los dogmas, los misterios generan descreencia en la medida en que, desarrollando su inteligencia, el Hombre rechaza convivir con la fantasía.

Para la Doctrina Espirita el misterio no es fruto prohibido en el jardín de las meditaciones humanas. Solo está verde y podrá perfectamente ser dirigido en la medida en que madurezcamos nuestras facultades intelectivas.

El niño de tres años no está prohibido de resolver los misterios de la algebra. Lo que se lo impide es la ausencia de la agudeza mental para eso.

Así como el niño lo hará también el Hombre descifrará los enigmas del Universo, en la medida en que desarrolle sus potencialidades como hijo de Dios.

Era un misterio la razón por la cual los cuerpos sólidos caen en el espacio, siempre que pierden la sustentación, hasta que Newton formuló la Ley de la Gravitación Universal: “La materia atrae a la materia en la razón directa de su masa e inversa del cuadrado de sus distancias”. Por eso los astronautas flotan cuando son apartados de las fuerzas gravitacionales terrestres.

Insondable misterio, supuesto castigo divino, eran determinados males de la antigüedad, que se esparcían con la rapidez del rayo, diezmando poblaciones inmensas, hasta la

invención del microscopio, que permitió descubrir el universo de los microorganismos, diseminadores de epidemias donde hay ausencia de higiene, asepsia y profilaxis.

Asustadores misterios eran las casas encantadas, donde se escuchaban ruidos inexplicables, muebles que se desplazaban, lluvias de piedras que se precipitaban sobre el tejado, objetos que entraban en combustión, hasta que el Espiritismo demostró la existencia de Espíritus que provocan esos fenómenos, a partir de la presencia, en esos lugares, de individuos portadores de una sensibilidad especial, la mediúmnidad de efectos físicos, ofrecen, inconscientemente, los recursos fluídicos necesarios.

En la antigüedad había el misterio de la generación espontánea, que daba cobertura a la fantasía creacionista de la Biblia.

Se creía hasta de una investigación: se dejaba al aire libre un pedazo de carne, en poco tiempo, allí surgían gusanos en gran cantidad.

El engaño fue desecho cuando los observadores comprobaron que el fenómeno solamente ocurría con la presencia de moscas, que se posaban en los tejidos en descomposición. Los gusanos eran larvas del insecto, que tenían en la carne putrefacta su nido.

Sabemos hoy que los seres vivos invariablemente proceden de otros seres vivos, reproduciéndose a partir de órganos adecuados y que la multiplicidad de las especies vivas, en la Tierra, es fruto de un proceso evolutivo que se inició hace millones de años, con organismos unicelulares, alcanzando su ápice en la especie humana.

En cuanto a los Espíritus, por su naturaleza, no pueden proceder unos de los otros, como los hombres. La razón nos dice que no fueron creados instantáneamente.

Si la vestimenta carnal, el cuerpo que usamos en la Tierra, demandó, como la Ciencia demuestra, millones de años de perfeccionamiento, hasta alcanzar la complejidad necesaria para la manifestación de la inteligencia en la Tierra, sería inconcebible que el Espíritu, infinitamente más complejo, fuese creado en un “chascar de dedos” por Dios.

El origen de los Espíritus es un misterio, no en el sentido teológico, asunto prohibido, que no debemos cuestionar. Solo es asunto inexpugnable en nuestro actual estado evolutivo.

Cierta vez me distraía con palabras cruzadas. El nivel era muy elevado, con conceptos absolutamente inexplicables para mí. Sin embargo, cuando leí “escritura de los Espíritus sin que intervenga la mano del médium”, no tuve duda. Eso yo lo conocía. La palabra era pneumatografía. Otro concepto, escritura en alto relieve para ciegos, fue fácilmente definido por un amigo especialista en Braille: anaglifografía.

Así ocurre con el “rompe cabezas”, que es el Universo. En la medida en que se alargan los horizontes de nuestro conocimiento, con la madurez intelectual y espiritual, definimos sus leyes, comprendemos su funcionamiento, desciframos sus misterios.

Quien juega con las palabras cruzadas tiene su ayuda en el diccionario. La Doctrina Espirita es el diccionario sublime que nos ayuda a descifrar los acertijos de nuestra existencia: de dónde venimos, que hacemos en la Tierra, para donde vamos.

Avanzando en este conocimiento, nos explica que donde hay vida existe un principio espiritual que la sustenta. Este principio se desarrolla en los milenios, hasta alcanzar la complejidad necesaria para el surgimiento del Espíritu, el ser pensante de la Creación.

No sabemos cuánto tiempo necesita esa metamorfosis, cuando, como y donde ocurre, pero llegaremos allí, cuando completemos la transición en que nos encontramos, de la inferioridad a la perfección, de la humanidad a la angelitud, cuando no habrá más misterios para nosotros.

Vestidos de luz

¿Tienen los Espíritus una forma determinada, limitada y constante?

- Para vuestros ojos, no, pero sí para los nuestros. Esa forma es, si así lo queréis, una llama, un fulgor o una chispa etérea.

Esa llama o chispa ¿posee un color determinado?

Para vosotros, varía de lo oscuro hasta el brillo del rubí, según sea el Espíritu más o menos puro.

Preguntas 88 y 88-a “El libro de los Espíritus”

En uno de esos momentos fulgurantes de la Filosofía, en que se armonizan la concepción profunda y la simplicidad conceptual. Descartes proclamó:

“Pienso, luego existo”.

Anunciaba lo obvio hasta entonces no pesado:

El hecho de poder ejercitar la sesera, concibiéndolo a la propia existencia, evidencia que existimos. Podría el sabio francés añadir:

“... y existo, ocupo espacio.”

Si, porque es imposible existir sin marcar presencia en algún lugar. En la misma línea de raciocinio, forzoso admitir que el Espíritu tiene forma, ya que no se trata de una simple abstracción teológica. Es una individualidad, el ser pensante que, aunque invisible a la mirada humana, habitante de otra dimensión, ocupa el espacio en que se sitúa.

La morfología y la fisiología del Espíritu, su forma y organización, nos parecen tan distantes del entendimiento humano, en el actual nivel evolutivo, como la naturaleza de Dios. Todo lo que podemos saber es que el Espíritu, en esencia, sin el revestimiento periespiritual, puede ser, precariamente, comparado a una llama.

El hombre tiene un conocimiento intuitivo de las realidades universales, aunque no siempre consiga definir las con objetividad, enredándose en mitos y supersticiones.

En la Antigüedad se imaginaba que las estrellas fugaces, meteoros que se queman al entrar en la atmósfera terrestre, eran apariciones de Espíritus en las alturas. La famosa estrella de Belén, que guio a los reyes magos hasta Jesús, es confundida con la luminosidad de Espíritu tutelar. Otra verdad presentida habla al respecto del color y la intensidad luminosa de los seres espirituales. Si son angélicos, son mostrados en grabados con un halo resplandeciente.

Entidades demoníacas aparecen rodeados de sombras. Videntes de acentuada sensibilidad confirman:

Espíritus evolucionados se visten de luz, como si exteriorizasen la propia virtud en vibraciones resplandecientes;

Espíritus comprometidos con el vicio y el crimen se presentan oscuros, luz eclipsada por sus pensamientos desajustados.

Frente a nuestras imperfecciones tenemos mayor facilidad para constatar esos “falta de elegancia” moradores del más allá, con sus “uniformes” de sombras, ejerciendo perturbadora influencia sobre nosotros. De ahí mucha gente teme visiones del mundo espiritual.

Espíritus que somos, vestimos transitoriamente un traje de carne, también podemos ser evaluados por la naturaleza de nuestra aura. Por eso los benefactores desencarnados nos conocen tan bien. Aunque disimulemos virtudes que no poseemos o ejercitamos una verbosidad integral, jamás los engañaremos, dado que ellos ven como somos realmente, por la naturaleza de nuestras vibraciones.

Futuramente tendremos instrumental óptico con suficiente sensibilidad para detectar, por la luminosidad, lo que va en el corazón humano. Entonces habrá sustanciales transformaciones en el relacionamiento social, con la erradicación de la mentira, de la hipocresía, de la falsedad... Sería el fin de los profesionales de la política, de los predicadores farisaicos, de los comunicadores a servicio de la perturbación y del desorden...

En el hogar, un aparato de esos haría inviable el adulterio.

En los negocios, imperaría la honestidad.

En la vida social, la igualdad, la sinceridad.

¡Una revolución!

La depuración de nuestro patrón vibratorio, la formación de una aurora luminosa se subordina a nuestro esfuerzo en el Bien, la electricidad divina que ilumina nuestro corazón, revistiéndonos de luz.

A ese propósito recordamos la alegoría notable de Frank Capra, famoso cineasta americano, en la película “La felicidad no se compra”.

Es la historia de un Espíritu desencarnado, candidato a ángel que, para ganar sus alas, iluminarse, recibió la misión de ayudar a un valeroso empresario que, por motivo de un grave problema financiero, provocado por un deshonesto banquero, albergó en el cerebro la perturbadora idea del suicidio.

El aspirante a ángel fue a encontrarlo en la víspera de la Navidad, a punto de saltar de un puente en las aguas heladas que corrían abajo. Haciéndose visible e identificándose, le habló de su misión, y sin ninguna pretensión de disuadirlo pintando las negras consecuencias del suicidio, comentó que sería un desperdicio, ya que él venía siendo muy importante para mucha gente.

Ante el escepticismo de su protegido, que se sentía un fracasado, el amigo espiritual le mostró varias situaciones:

En un cementerio, la sepultura de un hermano, en una fecha distante.

-Pero él no murió. ¡Está bien vivo! – reclamó el empresario.

- Habría muerto si no le hubieras salvado de ahogarse, en la adolescencia. ¿Lo recuerdas?

Le mostró una solterona tristonza e introvertida.

- ¡Mi esposa! Esta muy diferente. Ella no es así...

- Sería si tu no estuvieras en su vida, ofreciéndole la gratificante experiencia de una familia numerosa y bien formada.

Después de sucesivas evocaciones de un pasado infeliz, no fue la felicidad de su presencia, le fue mostrado el cuadro más dramático, cuando, recorriendo la ciudad, el empresario se espantó por verla transformada en antro de perdición, invadida por casas de juego y de prostitución.

- ¡Esta no es mi ciudad! – exclamó, aturdido.

- Tienes razón. Tu ciudad es diferente. Haces la diferencia, con tu idealismo, con tus emprendimientos inmobiliarios, favoreciendo la edificación de barrios con casas públicas, apartando especuladores y agentes del vicio...

Comprendió, entonces, el hombre que desistía de vivir, que su vida tenía un significado. Era preciso enfrentar la adversidad para continuar ayudando a las personas como lo hacía siempre. Y desistió de morir...

Comprendió, entonces, el hombre que no quería vivir, que su vida tenía un significado. Era necesario enfrentar la adversidad para continuar ayudando a las personas como lo hizo siempre. Y desistió de morir...

Persistía el problema financiero, pero cambió su manera de verlo. Aunque viniese la quiebra de sus emprendimientos, no se permitió fracasar como ser humano, dispuesto a enfrentar la adversidad.

Regresó en estado de gracia al hogar, repitiendo, eufórico, a las personas que se encontraba:

- ¡Feliz navidad! ¡Feliz navidad!

En casa una sorpresa:

Los amigos, muy amigos, una multitud consiguieron el dinero suficiente, a través de donativos, para que la quiebra fuese evitada.

Mientras festejaban, el empresario, escuchando una campanada en la sala, comentó con la esposa:

- Dicen que las campanas repicando anuncian ángeles que ganaron sus alas.

Y sonrió feliz, considerando que su protector conquistó el deseado premio, salvándolo.

La encantadora película de Frank Capra, demuestra que siempre podemos ser importantes para alguien, por más humilde que sea nuestra posición. Vale la pena vivir por eso. Y tanto más valdrá cuanto mayor sea nuestro esfuerzo en el Bien, que nos habilitará a ayudar creciente cantidad de personas, con lo que iluminaremos nuestros caminos, vistiéndonos de luz.

¿Involución o revelación?

¿Pueden los Espíritus degenerar?

No, ya que conforme avanzan van comprendiendo lo que les alejaba de la perfección. Cuando el Espíritu ha superado una prueba, adquiere el conocimiento de ella y no lo echa al olvido. Puede permanecer estacionario, pero no retrocede.

Pregunta nº 118 “El libro de los Espíritus”

Estamos integrados en un “continuum” evolutivo.

Siempre para adelante, aunque a pasos lentos, como una tortuga. Jamás con alternativas de retroceso, como un cangrejo. Nuestras conquistas intelectivas y morales son inalienables.

El individuo que edifica el bien será siempre bueno, de la misma forma que el sabio no perderá la visión de la realidad que expresa su sabiduría.

La vejez parece desmentir esas afirmaciones, reduciendo en ciertos individuos la capacidad intelectual. ¿Una involución?

Nada de eso. Simplemente el Espíritu, en tal situación, no puede manifestar sus potencialidades de conocimiento e inteligencia, en virtud de la degeneración de las células cerebrales, por el envejecimiento. Un ilustre pianista no podrá mostrar su arte en un piano desafinado.

Hay personas sociables que inopinadamente se comprometen en actitudes infelices y sorprendentes:

Un hombre pacífico discute con el vecino por causa del sonido de su televisor, que está incomodándolo. Irritado, fuera de sí, coge un revólver y le da varios tiros, matándolo.

Decidido jefe de familia, padre de tres hijos, marido cariñoso, vida conyugal tranquila, se involucra con un inestable joven y abandona el hogar.

Adolescente disciplinada y obediente pasa por una lamentable metamorfosis al entrar para la Facultad. Involucrándose con malas compañías, transforma la convivencia doméstica en un infierno. No tiene respeto a los padres, agrede a los hermanos, no acepta cualquier orientación, comprometiéndose en perniciosos abusos.

Quien convive con personas así, queda perplejo. Parece que olvidaron, caminaron para atrás, involucionaron. Nada de eso. Hubo solo una revelación.

Fácil conservar la calma, la serenidad, el equilibrio, cuando todo corre bien, dentro de la rutina, sin que enfrentemos desafíos o contestaciones. Y en circunstancias especiales, de tensión y gran emoción, en crisis existenciales, que nos desnudamos, mostrando quien somos, cual es nuestro nivel evolutivo.

En el relacionamiento diario hay el barniz social, un conjunto de normas de civismo que rigen nuestras relaciones. Pero es una capa muy fina, que se rompe fácilmente.

El hombre que dispara a un adversario; aquel que parte del hogar para el ímpetu de una nueva aventura amorosa; la joven en conflicto con la familia y todos aquellos que “se descarrilan” están solo revelando fragilidades incrustadas en su personalidad. Esto ocurre también en el plano colectivo.

Involucrados por impulsos instintivos de la multitud, que en determinadas circunstancias obra irracionalmente, como en una manada de bueyes, hay individuos que se tornan capaces de cometer atrocidades...

Difícil encontrar algo más salvaje que un linchamiento.

La multitud desvariada masacra a alguien que despertó su ira. No es raro, vemos allí ciudadanos tranquilos que, aparentemente, jamás se prestarían a semejante iniciativa.

Terroristas, involucrados en la guerrilla urbana, no dudan en explotar bombas en espacios públicos, matando inocentes, con el propósito de desestabilizar la sociedad para tener el poder. No tienen ningún respeto por la vida humana. No obstante, fuera de esas actividades que demuestran su índole, son personas tranquilas que llegan a dedicar cariño a los familiares y compañeros.

En la guerra hay individuos que se transforman en fieras, dominados por destructores impulsos que parecían inexistentes en ellos. Hace algunos años fue preso en Brasil el alemán Gustav Franz Wagner, llamado “bestia humana”, delante de las atrocidades que cometió contra los judíos, en la condición de verdugo nazista.

Vecinos que convivían con él tuvieron dificultad en aceptar su verdadera identidad, ya que se trataba de un hombre afable, sencillo, que los niños le llamaban abuelo.

Aquellos que se meten en un linchamiento, en una ideología anarquista, en los horrores de una guerra, ¿involucionan?

No. Solo se descubren.

El gran problema, en el contexto humano, es la tendencia al estacionamiento. Multitudes transitan por la Tierra enteramente distraídas de las finalidades de la existencia, marcando paso en los caminos evolutivos.

Muchos ejercitan inteligencia perspicaz, iniciativa, dominio de las situaciones, pero parecen haber perdido enteramente el sentido común, la capacidad de apreciar en perspectiva los horizontes existenciales, buscando definir de donde vienen y para donde van.

Recuerdo la historia de un hombre que viajaba en su automóvil cuando la dirección comenzó a vibrar. Paró. Después de mirarlo, comprobó que, por haber sido mal apretadas, las tuercas que aseguraban unas de las ruedas se habían perdido.

- ¿Y ahora? – se preguntaba. - ¿Cómo asegurar la rueda?

Al lado de la carretera se erguía un manicomio. Un enfermo, que observaba por una abertura enrejada en un muro alto, sugirió:

- Quite una tuerca de cada una de las otras ruedas. Así fijará la que está suelta y podrá llegar al taller.

El conductor, encantado con aquella solución práctica que nunca se le ocurriría, miró, perplejo, al enfermo:

Este comentó:

- Ciertamente está imaginando cómo puede un loco tener una idea tan inteligente. Es sencillo: soy loco, pero no soy burro.

Así ocurre con muchos individuos. No son “burros”, sino, alienados de los valores espirituales, marcan paso en la jornada evolutiva, envolviéndose en comportamiento contradictorio y comprometedor.

Nosotros, espiritistas, acostumbrados adeudar nuestros “derrapes”, a la presión de las sombras. Se diría que hay componente espiritual en los desvaríos humanos.

Necesario, entretanto, reconocer que no es esa influencia que nos hace perder el dominio de nosotros mismos. Es por perder el dominio de nosotros mismos que nos sometemos a ella.

Cuando el espiritista se envuelve en una “discusión”, descendiendo a la agresividad, se acostumbra a decir que está “dando comunicación”, médium de entidades menos felices. Es posible. No se trata, pues, de una simple ocurrencia mediúmnica. Es mucho más, una manifestación anímica, esto es, un descontrol de su deseducado espíritu.

¿Cómo superar la alienación? ¿Cómo conquistar la posesión de nosotros mismos? Hay muchos caminos, envolviendo recursos filosóficos, psicoanalíticos, psicológicos, religiosos...

Sería ocioso divagar al respecto, porque más importante que el camino es el caminar. Aquel que lo está intentando, acabará por encontrar el rumbo correcto, mientras permanecen en sus desvíos los indiferentes y acomodados.

Para quien se dispone a andar, la sugerencia de un amigo espiritual:

Diariamente, en el horario que crea oportuno, lea un fragmento de “El Evangelio según el Espiritismo”. En seguida, durante quince minutos, entréguese a la meditación, procurando establecer comparación entre lo que leyó y lo que hace, con el propósito de renovación. Cuanto mayor nuestro esfuerzo por establecer proximidad entre lo que hacemos y lo que el Cristo espera de nosotros, más cerca estaremos de alcanzar las metas de perfección que nos compete alcanzar, realizándonos como hijos de Dios.

El porqué de la renovación

Los Espíritus que desde el comienzo siguieron el camino del bien ¿tienen necesidad de la encarnación?

- Todos ellos son creados simples e ignorantes, y se instruyen en las luchas y tribulaciones de la vida corporal. Siendo justo, no podía Dios hacer dichosos a algunos sin penas ni trabajos y, por tanto, sin mérito.

Pregunta nº 133 “El libro de los Espíritus”

El viejo dicho “confundir el tocino con la velocidad”, nos ocurre en relación con las palabras motivo y objetivo. Hay quien las confunde. Sin embargo, son palabras de significados bien distintos.

Objetivo es la meta que se pretende alcanzar.

Motivo es la causa determinante de una iniciativa.

Un hombre es internado en el hospital.

Motivo: úlcera gástrica perforada.

Objetivo: operación de emergencia para estancar la hemorragia.

Otro es confinado en la cárcel.

Motivo: mató a alguien.

Objetivo: rescate de su deuda con la sociedad.

¿Cuál es el objetivo de la reencarnación?

Punto pacífico entre los adeptos de ese principio:

Evolución. Nos revestimos del pesado manto de carne con la finalidad específica de evolucionar.

Divergencias surgen cuando se piensa el motivo.

¿Por qué entramos en el círculo de las vidas sucesivas?

Hay quien defiende que la existencia en mundos de materia densa como la Tierra sería un castigo, una consecuencia de desastrosas experiencias en la espiritualidad.

Según esa línea de raciocinio, podríamos evolucionar en los planos etéreos, sin las complicaciones de la existencia carnal.

Es que en determinado momento dejamos que se desarrolle en nosotros un monoideísmo egocéntrico, una personalidad esencialmente egoísta, generando un impasse evolutivo, situándonos en un indeseable desvío.

La secuencia de encarnaciones en un mundo como la Tierra funcionaría como un camino purificador, librándonos del egoísmo y de los sentimientos que le son consecuentes.

Tenemos ahí variante para la alegoría del paraíso perdido. Perdemos la situación de bienaventuranza en el más allá, confinados en el purgatorio terrestre. Alumnos rebeldes de escuela prometedor transferidos para el reformatorio. Según la Doctrina Espirita no es bien así.

No estamos aquí en virtud de travesuras cometidas en la Espiritualidad, incluso porque no viviremos allí definitivamente mientras no alcancemos un nivel compatible de pureza y perfección.

El egoísmo, esta vocación de pensar mucho en nosotros mismos, no es fruto de la rebeldía. Expresa solo una condición evolutiva, propia del nivel en que nos encontramos.

La semilla agota el suelo, extrayendo sus elementos nutritivos para garantizar la propia sobrevivencia. Es voraz en este sentido. Más tarde, árbol hecho, se habilitará a producir frutos. Lo mismo ocurre con el Espíritu.

En los comienzos de la consciencia, ignorante de las leyes divinas, el egoísmo le es instintivo. Por algún tiempo será su estímulo, su iniciativa, su defensa, su manera de ser.

El Espíritu Humano está alcanzando la entrada de la transformación fundamental, de receptor para el donador. Ya no somos primitivos, orientados por el instinto, como la semilla que absorbe el suelo o el animal que mata una presa.

Suficientemente desarrollados mentalmente, con nociones del Bien y del Mal, necesario se hace que superemos el egoísmo, habilitándonos a producir frutos en favor de la armonía universal.

Estímulo y apoyo en el pasado, hoy él retarda nuestra jornada, como un barco que nos sustenta mientras atravesamos el río, pero solo nos atrasará si pretendemos arrastrarlo en la planicie. Así, el gran desafío a que somos convocados, en el actual estadio evolutivo, es pasar del egoísmo al altruismo, de la vocación de pensar mucho en nosotros mismos para el ideal de algo hacer en favor al semejante.

En los caminos evolutivos obviamente cometemos engaños. Inmaduros, nos comportamos como el niño que inicia los primeros pasos. Cae frecuentemente, hasta que adquiera estabilidad en las piernas y coordinación motora. Entonces, el error es parte de nuestro aprendizaje, hasta que a costa de “caer”, tanto más doloroso cuanto mayor nuestro “peso” evolutivo, expresándose estados más avanzados de consciencia, habilitándonos a caminar con seguridad.

Hay quien defienda la existencia de Espíritus que evolucionan en línea recta, sin nunca comprometerse con el egoísmo y, por tanto, libres de la encarnación.

Jesús sería el prototipo.

No obstante, el respeto que damos al maestro nazareno, la más alta expresión de la Humanidad, situado por la Doctrina Espirita como el ser más evolucionado que por aquí

pasó, sería absurdo que Dios lo crease diferente, con algo que falta a las demás criaturas, eximiéndolo del egocentrismo que marca las inteligencias embrionarias.

Más lejos, en este sentido, fueron los teólogos que vieron en él la propia encarnación de Dios.

Para el Espiritismo Jesús es nuestro hermano. Se distingue por el hecho de haber alcanzado un nivel evolutivo que lo habilita a la condición de dirigente de Dios, responsable por los Espíritus que evolucionan en la Tierra, como revela Emmanuel, en el libro “A camino de la luz”, psicografía de Francisco Cándido Xavier.

Somos lo que Jesús fue.

Seremos lo que Jesús es.

Oportuno enfatizar que podemos acelerar nuestra evolución, superar más rápidamente las limitaciones humanas, librarnos de la “muerte”, representada por el imperativo de la reencarnación, desde que haya un empeño en este particular. Todo eso notoriamente, está subordinado a la madurez.

Cuanto más experimentado y vivido, más consciente será el Espíritu en cuanto a la necesidad de caminar. Forzoso reconocer, pues, que no somos simples frutos, que caen de maduros. Dotados de racionalidad y libre albedrío, la capacidad de pensar y escoger, podemos estacionar o desviarnos. Depende de nosotros.

Conozco médicos competentes que saben hasta la saciedad, de los problemas circulatorios y pulmonares generados por el humo. No obstante, fuman.

Personas cultas y sensibles, dotadas de inteligencia privilegiada, obtienen éxito en cualquier iniciativa. Entretanto, sorprendentemente, son ajenos a los valores espirituales, aferrándose al inmediateismo terrestre.

La vida acostumbra a detonar explosiones que actúan como demoledores de la inconsecuencia, despertando al individuo para las graves cuestiones existenciales, relacionadas con el destino humano, la muerte de un familiar, la desilusión amorosa, la enfermedad grave, el conflicto familiar, el problema financiero.

El Espiritismo nos despierta más suavemente, a partir de una amplia visión de las realidades más allá del túmulo, concientizándonos de tal forma en cuanto a las finalidades de la existencia, que difícilmente nos empapamos de sus principios sin experimentar el incontenido deseo de acertar el paso, en los caminos de la renovación y del auto perfeccionamiento, como alguien que, transitando por el inhóspito desierto, en una noche oscura, contemplase de lejos las luces del oasis prometedor.

Sobre todo, consolador

¿Vuelve el Espíritu a encontrar de inmediato a aquellos que conoció en la Tierra y que murieron antes que él?

- Sí, según el afecto que por ellos sentía y el que le profesaban a él. A menudo acuden a recibirlo al retornar al Mundo de los Espíritus y le ayudan a desprenderse de las envolturas de la materia.

Pregunta n° 160

Según el capítulo XIV del Evangelio de Juan, Jesús estuvo reunido con los discípulos, en la llamada última cena, a las vísperas del drama del calvario.

De entre los asuntos abordados por el Maestro, en ese último contacto con los discípulos, estaba la revelación de que más tarde enviaría a un Consolador, un Espíritu de Verdad que, según el texto, enseñaría todas las cosas y haría los hombres que recordasen sus enseñanzas.

En “El Evangelio según el Espiritismo”, capítulo VI, Allan Kardec, se refiere a ese pasaje evangélico para situar al Espiritismo como el Consolador, cumpliendo dos previsiones de Jesús:

Primera: Restaura la pureza primitiva de las enseñanzas cristianas, que fueron olvidadas y deturpadas en su esencia, en la medida en que el movimiento se institucionalizó, creando el profesionalismo religioso y adoptando prácticas ritualistas retenidas del paganismo con el propósito de atraer a la multitud.

Sin exterioridades y sin oficiantes el Espiritismo revive la mística del “amaos unos a los otros”, reinstituyendo el culto a la fraternidad como el mejor recurso para unirnos a Dios.

Segundo: Desarrolla nuevos conocimientos que valorizan la moral evangélica, confirmando su esencia, reuniendo en tres ángulos que se completan: Ciencia, Filosofía y Religión con esa tríada perfecta desciframos los enigmas del sufrimiento humano, sus razones y finalidades; vemos extenderse maravillosas visiones del Plano Espiritual, de la continuidad de la existencia; concientizándonos de nuestras responsabilidades ante el conocimiento de leyes inmutables que rigen nuestra evolución: Causa y Efecto, Reencarnación, Mediúmnidad...

Pero donde la Doctrina Espirita es más consoladora está en la demostración inequívoca de que las uniones afectivas no se interrumpen con la muerte, ni están nuestros amados separados por barreras infranqueables.

Ellos nos ven, nos acompañan, nos ayudan. Nos animan, sufren con nosotros, esperan por nosotros, y finalmente, nos amparan cuando suena nuestra hora.

Francisco Cándido Xavier personifica en su trabajo sublime el triple aspecto de la Doctrina Espirita.

Es Ciencia en libros como el monumental “Parnaso Más allá del Túmulo”, donde decenas de poetas desencarnados se identifican en versos donde revela su estilo destacado e inconfundible. Y cantan las glorias de la vida, más allá de las fronteras de la muerte, confirmando la existencia de un puente mediúmnico entre el plano físico y el espiritual.

Es Filosofía, en libros como la serie “Nuestro Hogar”, donde el Espíritu André Luiz, seudónimo de un famoso médico brasileño, hace minucioso relato del continente Extrafísico, con la objetividad de quien cuenta lo que ve, echando abajo el precario edificio de milenarias especulaciones.

Es Religión, en libros como “Fuente Viva”, “Pan Nuestro”, “Camino, Verdad y Vida”, “Viña de Luz”, donde el Espíritu Emmanuel, como si usase un poderoso microscopio literario, examina el interior de los versículos evangélicos, resaltando recónditas bellezas. Pero, así como ocurre con la propia Doctrina Espirita, Chico es más Chico en la consolación. Son millares de Espíritus que se manifiestan por su psicografía, dirigiéndose a afligidos familiares, ofreciéndoles bienestar y valor para enfrentar los dolores de la separación.

Luchando contra sus imperfecciones, esforzándose en identificarse a los postulados cristianos, el apóstol Pablo proclamaba, conforme está en la Epístola a las Gálatas: Ya no soy yo quien vive, sino el Cristo que vive en mí. Era como si Jesús estuviese viviendo su vida, con eso Pablo se sitúa como la propia personificación del Cristianismo. De la misma forma diríamos que Chico Xavier personifica la consolación prometida por el Cristo, realizándose en la Doctrina Espirita.

El trabajo del médium como mensajero del Espiritismo, en la extensión de nuevos conocimientos relacionados con la vida espiritual, probablemente terminó cuando él dejó la ciudad minera de Pedro Leopoldo. Pero el Consolador, presente en todos los libros que psicografió, en los millares de mensajes que recibió y recibirá, se hará presente mientras le reste aliento, mientras sus dedos puedan mantener un lápiz, preciosos acabados de inigualable editor de textos que brotan del infinito...

Después del casamiento la inexperta ama de casa tendrá en su madre una cariñosa instructora, orientándola en la organización del hogar, en los cuidados de la casa...

Cuando venga el primer hijo ella será presencia benéfica, socorriéndola en su inseguridad delante del pequeño indefenso, en un nivel de total dependencia.

- ¡Ah! ¡Si no fuese por mamá! – suspira - ¡estaría perdida!

Así será siempre. Aquel ángel tutelar encontrará tiempo y disposición para estar a su lado en los momentos difíciles, en los problemas del día a día...

Llegará el tiempo amargo en que, por el orden natural, la madre partirá para la Espiritualidad. Pero quedará el vínculo indeleble. La hija valorizará, más que nunca, aquella presencia amiga, aquella dedicación extremada, que no siempre se dio cuenta.

¿Y cuándo suene su hora, a quien le gustaría ver? ¿Con quién le gustaría contar? ¿Qué presencia le infundiría mayor seguridad? Su madre, sin duda.

Esta es la realidad consoladora desvelada por la Doctrina Espirita y demostrada en la psicografía de Chico Xavier; madres que recibieron sus hijos. Si no está, por motivos ajenos a su voluntad, vendrán los padres, los abuelos, los tíos, los amigos... Habrá siempre alguien unido afectivamente al desencarnante para ampararlo en la gran transición.

Es por lo mismo Chico que el Espíritu Carlos Dias Fernandes nos habla de esa consoladora presencia en “Ternura Maternal”, poesía en el libro “Antología de los Inmortales”, de la Federación Espirita Brasileña:

Las paredes de la casa en vano busco, quiero decir adiós y no lo consigo...

Veo solo el bulto amargo y amigo de la muerte que me extiende el manto oscuro.

Lloro estirándome, trémulo e inseguro, ensaya la piedra del túmulo...

Padezco, clamo y pregunto a solas conmigo, como pájaro que cae contra un muro.

La niebla espesa enreda el cuerpo lánguido, es el terrible crepúsculo de sangre que me tiñe de sombra los ojos bazos:

Pero surge alguien, en el caos que me entonetece, es mi madre, que alarga sus manos en oración, ¡dulce estrella brillando en sus brazos!...

Ave que vuelve, en chajá, al suave nido, oigo divina música en la sala.

Es su voz celeste que me encanta, lema del hogar que vuelve manso.

Me levanto ahora... El cuerpo es la picota que me desprendo por besarla...

- ¡Madre! ¡Madre mía!... – suspiro, levantando el habla, sollozar de júbilo y cariño...

- ¡Duerme, hijo querido! ¡Duerme y sueña!...

Nuestra vieja canción tierna y risueña regresa con belleza indefinida...

Cojo sus brazos en que me acrisolo y duermo nuevamente en sus regazos para despertar en la cuna de otra vida.

Silogismos

¿Cuál es el objetivo de la reencarnación?

- Expiación, mejoramiento progresivo de la humanidad. Sin esto, ¿dónde estaría la justicia?

Pregunta 167

Silogismo es una interesante forma de raciocinio. Se divide en tres partes que se completan:

Premisa mayor, premisa menor y conclusión.

Ejemplo:

La muerte es el fin de todos los hombres – premisa mayor.

Es hombre – premisa menor. Vas a morir un día – conclusión.

De la conjunción de dos ideas que se armonizan.

El concepto concluyente.

Otro ejemplo:

Todas las mujeres son vanidosas – premisa mayor.

Es mujer – premisa menor.

Es vanidosa – conclusión.

Aquí el resultado no es aceptable. Mujer no es sinónimo de vanidad. El error está en la premisa mayor, que encierra una afirmación gratuita. Al final, no todas las mujeres son vanidosas. Algunas no lo son...

Para que la conclusión exprese una verdad, esta debe marcar presencia también en las premisas.

Un silogismo teológico:

La justicia de Dios nunca falta, en la Tierra – premisa mayor. Vivimos en la Tierra – premisa menor.

No hay injusticia en ninguna situación humana conclusión.

Resultado dudoso para mucha gente.

¿Como considerar justo un planeta donde conviven el genio y el idiota, el atleta y el paralítico, el sabio y el obtuso, el millonario y el miserable, el santo y el perverso?

Bien, si la conclusión no es aceptable, se reexamina las premisas.

La primera, envolviendo la existencia de Dios y su justicia, es incontestable. Para probar que Dios no existe tenemos por delante una misión imposible:

Justificar la existencia del Universo sin Dios, algo como pretender que hay efecto sin causa. Dudar de su justicia sería negar su perfección, rebajándolo a lo pasional, antropomórfico de un Jehová, el inestable dios del Viejo Testamento. En cuanto a la premisa menor, no hay que dudar, a no ser por lunáticos...

La duda al respecto de ese silogismo involucra un equívoco en la apreciación de las coyunturas humanas. Recuerda la historia de aquel predicador protestante que fue advertido por sus superiores, dado que alguien lo acusó de pegar a su esposa, algo inconcebible en un religioso. El pastor se sorprendió. Calmo y pacífico, jamás levantó ni un dedo contra alguien, mucho menos a su mujer, por quien nutría un especial cariño.

- ¿Quién me denunció?

- Un vecino.

- ¿Dijo cómo fue?

- Oía a su esposa gritar, desesperada. Miró por encima del muro y le vio a usted corriendo detrás de ella, para pegarle.

Dios mío. Pensó el pastor. - ¿Cómo puede ese hombre referirse a algo que no ocurrió? Está mintiendo o se engañó.

No había justificativa para la primera hipótesis. El vecino no era mala persona; no había enemistad entre ellos. ¿Por qué habría de querer perjudicarlo? Ciertamente hubo un engaño...

- ¿Cuándo pasó?

- Hace una semana.

El pastor sonrió. Se acordó. En aquel día estuvo con la esposa en el amplio jardín, al final de la casa. Ella cuidaba de las flores cuando fue atacada por furiosas abejas. Aterrorizada, corrió, gritando de dolor. Él prontamente fue a su encuentro, agitando sobre ella un saco de estopa, con el propósito de ahuyentar a los insectos. El vecino lo vio de lejos y confundió un acto de ayuda con una agresión.

Es lo que pasa con aquellos que aprecian la existencia humana a la distancia de las realidades espirituales, visión comprometida por brumas de ignorancia. Sin noción de los porqués, se sitúan perplejos, suponiendo que Dios está azotando a sus hijos, cuando solo los ayuda a eliminar amenazadores agujones generados en el vivero de sus inferioridades.

Cual infalible instrumento óptico para la apreciación de los horizontes existenciales, la doctrina de las vidas sucesivas evidencia que las situaciones presentes guardan relación con lo que hicimos o dejamos de hacer en el pasado, imponiéndose como preciosos instrumentos de regeneración.

Aunque no tengamos recuerdos de las causas pasadas, generadoras de los males presentes, estos imprimen, en el interior de nuestra consciencia, registros que funcionan como “vacunas”, contra reincidencias.

Intuitivamente, percibirá que ella le hace mal. Para una apreciación racional de la idea reencarnacionista es indispensable superar el concepto estático que la define como mero recurso expiatorio – el karma de la filosofía hindú. Esto puede crear indeseable apatía.

- Es mi karma – dice el individuo que vive de limosnas, acostumbrándose a la indigencia; o el enfermo que se sitúa en una existencia vegetativa, acomodándose a la inmovilidad.

Tenemos aquí la parálisis de la voluntad, alimentada por indebida convicción de que tiene que ser así. Reencarnación no es sinónimo de expiación, y aunque dotada de un componente expiatorio, tiene por objetivo fundamental, el “mejoramiento progresivo de la Humanidad”, lo que sugiere una actitud dinámica, una acción consciente en favor del desarrollo de nuestras potencialidades creadoras, edificando el bien donde estemos. En cualquier situación, por más limitadora que se nos presente, siempre hay lo que hacer para un futuro mejor. En este propósito, si cultivamos un poquito de amor, poniendo nuestra alma en las iniciativas más nobles, realizaremos prodigios.

Manos y pies clavados en la cruz, aparentemente no había nada más que Jesús pudiese hacer...Aun así, consoló a un condenado, dio amparo para su madre e intercedió en beneficio de la multitud desvariada, pidiendo a Dios que perdonase a todos, ya que no sabían lo que estaban haciendo.

El maestro destacaba una vez más, incluso en circunstancias tan adversas, el silogismo que le marcó el apostolado:

Premisa mayor: Dios es Amor.

Premisa menor: Fuimos creados a imagen y semejanza de Dios.

Conclusión: Solamente el amor nos realiza como sus hijos.

Solución simplista

¿En qué se funda el dogma de la reencarnación?

- En la justicia de Dios y en la revelación, porque sin cesar os lo repetimos: Un buen padre deja siempre a sus hijos una puerta abierta para el arrepentimiento...

Pregunta 171

La escalada de la violencia en Brasil revive la idea de introducir la pena de muerte en nuestra legislación.

Sobreponiéndose al debate en torno al asunto, grupos de exterminio, al margen de la legalidad, ejecutan indiscriminadamente supuestos marginales que caen en sus manos, que se autodenominan “justicieros”.

Esa expresión suena como macabra ironía, ya que el más elemental principio de justicia impone que cualquier penalidad sea precedida de juicio, con apuración de responsabilidad y derecho de defensa. Sin ese cuidado transformaríamos nuestras ciudades a semejanza de las películas del “lejano oeste”. Allí la balanza de la justicia era sustituida por el albedrío de los pistoleros.

Tradicionalmente la población brasileira está unida a movimientos religiosos inspirados en el Cristianismo, que condena la violencia. Para Jesús el delincuente es un enfermo moral. Precisa de tratamiento. Entretanto, se generaliza en nuestro país la creencia de que lo ideal es exterminar esos “monstruos”.

Ante las crecientes tensiones generadas por la violencia urbana, multitudes desvariadas promueven abundantes linchamientos, con extrema crueldad. Se nivelan en salvajería criminales y pretendidos defensores del orden y de la justicia.

Se cree que ejecutar criminales, en el cumplimiento de la ley o al margen de ella, limita la criminalidad. Estamos delante de un argumento simplista, que no lleva en consideración el hecho de que ningún delincuente piensa en la posibilidad de ser castigado. Si lo hiciese, nunca se involucraría en la delincuencia. Por eso no le pasa nada saber que sus iniciativas pueden resultar en la prisión por algunos años o en la propia muerte. Eso explica porque no hubo reducción de la criminalidad en países donde fue instituida la pena de muerte, esta aberración jurídica, que es contraria a un derecho fundamental de la criatura humana, presente en la Constitución de cualquier país civilizado: el derecho a la vida.

Imperioso reconocer que su adopción es una demostración de incompetencia de la sociedad, que pretende eliminar uno de sus miembros que se marginalizó por culpa de ella misma, por no prepararlo convenientemente para la convivencia social, ni ayudarlo en sus limitaciones o atenderlo en sus necesidades.

En las preguntas 760 al 765, de el “Libro de los Espíritus” hay un posicionamiento contrario a la pena de muerte, lo que significa que nadie puede decirse espírita

manifestándose favorable a ella, de la misma forma que el católico no puede negar la eucaristía o el protestante contestar la Biblia.

No obstante, el carácter dinámico y progresista de la Doctrina Espirita y la libertad de conciencia que nos faculta, hay principios básicos como la Mediúmnidad, la Reencarnación, la Ley de Causa y Efecto, la existencia de Dios, que se sitúan inamovibles.

Son dogmas espiritas, no en el sentido religioso principio indiscutible, sino en el sentido filosófico, algo que se puede afirmar verdadero con apoyo de la lógica; o científico, que se comprueba por la experimentación.

El dogma de la existencia de Dios, por ejemplo, es fácilmente comprobado por el axioma “no hay efecto sin causa”. Si el Universo es un efecto inteligente, forzosamente tiene una causa inteligente, un Creador, que trasciende las limitadas posibilidades humanas.

De la misma forma podemos dogmatizar contrariamente a la pena de muerte, a partir de la concepción reencarnacionista como un proceso educativo en favor de la evolución del Espíritu.

Frente a su inmadurez o por rebeldía él puede rechazar las lecciones de la existencia humana y hasta incluso comprometerse en la delincuencia. La condena de muerte, en tal circunstancia, equivale a la expulsión de la escuela, decretada por otros alumnos, que no tienen la sabiduría y la competencia de la dirección de la escuela, formada por mentores espirituales que orientan el planeta.

¿Pero, habría ocurrido realmente esa eliminación? Sabemos que no. La ejecución del criminal nada más hace, sino que tornarlo invisible.

Catapultado para el Plano Espiritual, a partir de una silla eléctrica, de una cámara de gas, de un pelotón de fusilamiento, o de un linchamiento, él se sitúa, más allá del túmulo, en la condición traumática de un accidentado.

Su readaptación será demorada, difícil, marcada por un periodo de inconsciencia y un despertar tormentoso. Resentido contra la sociedad que le robó el cuerpo, podrá, no es raro, intentar la venganza contra sus condenadores, amparados por la legalidad, los jueces, u ocultos en la ilegalidad, los linchadores y justicieros. Estos últimos, por sobreponerse a la Ley y por la truculencia de sus iniciativas, se sitúan en el mismo nivel vibratorio y difícilmente permanecerán incólumes, ante su presión desajustante.

Más allá de eso, obedeciendo las iniciativas propias o a la inspiración de genios de las sombras, él gravitará en torno de personas que guardan las mismas tendencias, justificando comentario así:

- No sé lo que pasó conmigo. Sentí un impulso irresistible de obrar de aquella forma y acabé cometiendo desatinos.

Aunque no podamos debitar a las influencias espirituales la agresividad humana, ella es peligrosamente fermentada, crece mucho delante de ese envolvimiento. Mejor, por tanto, lidiar con el delincuente vivo, visible, vulnerable, segregado en instituciones de

reeducación, que enfrentarlo “muerto”, invisible, intangible en el odio y en el rencor, fomentando el desorden.

El asunto pide reflexiones más profundas:

Nadie ignora que la criminalidad está directamente relacionada con las condiciones de vida de una sociedad. Cuanto más elevado el nivel de desempleo y de personas sin condiciones mínimas de subsistencia, mayor su incidencia.

Cuando el estómago grita, el instinto de conservación habla más alto, sobreponiéndose a disciplinas morales, salvo en Espíritus maduros y conscientes, una minoría en nuestro planeta.

Inútil, por tanto, considerar en las leyes más severas, de prisiones más amplias, de efectivos policiales más numerosos, paliativos que solo minimizan efectos. Necesario que nos movilicemos, socorriendo a la población carente, sin esperar las iniciativas gubernamentales.

Mientras no llegan los bomberos, urge evitar que el incendio se propague. En nuestro beneficio, es necesario demostrar a esos hermanos en humanidad que su tragedia existencial no está siendo descuidada; que hay personas empeñadas en ayudarlos, en atenderlos en sus necesidades más urgentes...

Un refugio en un barrio humilde, con sencillas aulas de moral cristiana, hace mucho más en favor de la paz social que la acción ostensiva de vehículos policiales. Estas solo cohíben la violencia; aquella evita que ella se instale en la infancia carente, que allí conoce los valores de la fraternidad, recibiendo un poco de calor humano, de amor...

Un niño que aprende la importancia de hacer al semejante el bien que desearía recibir, la fórmula ideal de amor, en la sabia orientación de Jesús, difícilmente se involucrará con la delincuencia en la solución de sus problemas. Pero solo hay una forma de enseñar ese amor: ¡amando!

Contactos inmediatos

Los Seres que habitan los diferentes mundos ¿tienen cuerpos similares a los nuestros?

- Desde luego, poseen cuerpos, puesto que es necesario que el Espíritu esté revestido de materia para obrar sobre ella. Pero esa envoltura es más o menos material, según sea el grado de pureza a que hayan llegado los Espíritus, y es eso lo que constituye la diferencia entre los mundos que debemos recorrer. Porque hay muchas moradas en la casa de nuestro Padre y, en consecuencia, muchos grados (...)

Pregunta nº 181

En mis fantasías de adolescente siempre alimenté el deseo de un contacto inmediato de tercer grado, el encuentro entre hombre de la Tierra y seres de otros mundos.

Influenciado por tendencias de ciencia ficción, los imaginaba monstruosos y mal intencionados. Con el tiempo aprendí que, aunque de morfología diferente, compatible con el medio en que viven, los alienígenas no serían necesariamente asustadores.

Como lo demuestra la propia especie humana, la evolución anímica implica en un perfeccionamiento de la estructura física, observados patrones de proporcionalidad, estética y funcionalidad, que son universales.

En cuanto a sus intenciones, nunca sería belicosas. Si son suficientemente inteligentes para desarrollar tecnología perfeccionada que los posibiliten a viajar por el cosmos, imposible no haber definido y asimilado plenamente las leyes divinas que rigen la evolución moral de los hijos de Dios.

Disponiéndose a cumplirlas, por mero ejercicio de buen sentido que caracteriza las inteligencias maduras, nunca obrarán con agresividad. Raciocinio en torno de conjeturas, ya que, aunque posible es improbable la presencia de alienígenas pilotando naves espaciales, como los decantados platillos voladores.

Considérese, en principio, que está muy demostrado la imposibilidad de vida material en nuestro sistema solar. Los planetas Venus y Mercurio son muy calientes; los demás, muy fríos. Marte, que sería una excepción, fue exhaustivamente investigado por las sondas espaciales norteamericanas, de la serie Mariner, constatándose su esterilidad.

Se destaca que ese planeta, como los demás de nuestro sistema y los incontables mundos que pululan en el Universo, son habitados por comunidades espirituales atendiendo a imperativos evolutivos. Donde haya posibilidad y necesidad, a semejanza de la Tierra, funciona la reencarnación, dando oportunidad de experiencias en cuerpos de materia densa.

Bien, si son reales, ¿no vendrían los platillos volantes de otros sistemas planetarios?

Aquí, entre incontables dificultades, una crucial: la distancia.

La estrella que se sitúa más cerca de la Tierra es "Próxima Centauro". Está a 40,14 billones de kilómetros. La nave espacial Apolo, que llevó a los primeros astronautas a la

Luna, viajando a la velocidad de 40 mil kilómetros por hora, llevaría cerca de ciento veinte mil años para recorrer esa distancia. Supongamos que habitantes de un imaginario planeta, en la órbita de aquella estrella, construyesen algo capaz de desarrollar la rapidez vertiginosa de la luz, que es la velocidad límite del Universo, según Einstein (300 mil kilómetros por segundo). Aun así, tardarían 4,3 años para llegar a la Tierra. Hasta aquí, más el tiempo de retorno, en total aproximadamente 10 años.

Aunque fuesen superados los problemas resultados de tan larga permanencia en la nave, aún hay la perturbadora cuestión del tiempo. Y que, según el mismo Einstein, él fluiría más lentamente en una nave espacial.

Es como si los viajeros entrasen en una prodigiosa máquina, capaz de proyectarlos en un futuro remoto. Fácil percibir los trastornos que eso ocasionaría, principalmente en relación con familiares y amigos.

En la película “El Planeta de los simios”, basado en una novela de Pierre Boule, se enfoca esa posibilidad. Una nave espacial norteamericana alcanza la velocidad de la luz. Un accidente la proyecta a un planeta desconocido.

El astronauta, vivido por Charlton Heston, se ve alrededor de grotescos simios inteligentes. Al final descubre, espantado, que simplemente volvió a la Tierra, centenas de años más adelante, de su tiempo. En ese ínterin, después de la devastadora guerra atómica, una mutación genética, provocada por elementos radioactivos, dio origen a los extraños sucesores de la raza humana.

No obstante, la Ciencia sitúa como remotísimas las posibilidades de un contacto inmediato de tercera fase, mucha gente se reporta a encuentros de esa naturaleza.

El problema es que esas experiencias son siempre nebulosas y ocultas. No hay nada de palpable, de objetivo, de real, como un aparato accidentado, una foto de corta distancia, un objeto de uso personal de ET.

Esos “encuentros” me hacen recordar lo que me pasó hace cerca de 15 años, en Bauru, cuando estuvo en la librería espiritista un argentino, buscando a dirigentes de la Unión Municipal Espiritista. Informó que era relaciones públicas de seres extraterrestres, tripulantes de un platillo volador, que deseaban conversar con los espiritistas. “¡Rápido! ¡Dejaron abierta la puerta del manicomio!” fue mi primer pensamiento. Pero el visitante no tenía aspecto de loco. Bien vestido y hablador, se expresaba en un tradicional “portuñol” explicando que el interés de los ET era resultado de la afinidad de sus principios con la Doctrina Espiritista.

Tenía sentido. Si el Espiritismo anuncia leyes divinas, de carácter universal, como Reencarnación, Mediúmnidad. Causa y Efecto, obligatoriamente colectividades más desarrolladas tendrían pleno conocimiento de ellas.

Me animé. Pregunté cuando y donde sería el encuentro. Me dijo que sería en aquella noche, alrededor de la una de la madrugada, en un lugar distante de la ciudad.

Me asusté. ¿Y si fuese trampa de un asaltante?

La curiosidad habló más alto. Acepté. No obstante, adelanté que llevaría a algunos compañeros. Me sentía más seguro así.

Con su aprobación fueron alistados compañeros del Banco de Brasil, todos espiritistas. Ninguno de ellos, tenía maneras de guarda espaldas. El Sidney, franzino; el Nelson, tan delgado que su apodo era “bacalao”; el Fabinho, justificaba en rima el diminutivo: era bajito.

La solución fue llamar a Lucas, otro compañero, simpatizante del Espiritismo. Alto y fuerte, era más para “Rambo” que para trabajador de banco. Imponía respeto.

Alrededor de media noche recogimos al argentino en el hotel, y en dos automóviles dejamos la ciudad. Mes de agosto, noche fría. Yo, resfriado, tosía insistentemente. Pero, todo bien, valía el sacrificio por la oportunidad del inusitado encuentro.

Fuimos en dirección a la ciudad vecina. Santa Cruz del Rio Pardo. Algunos kilómetros adelante, entramos por un camino de tierra. Recorrimos cerca de 300 metros. El argentino mandó parar.

Dejamos los automóviles y nos escondimos en el matorral. Nuestro guía informó que ya estaba en contacto mental con la nave.

Apuntó señales luminosas en el cielo.

No vi nada. Compañeros señalaban:

- ¡Allí, allí...!

Yo nada.

El portavoz de los ET comunicó alteración en los planos. No había condiciones para descender la nave allí. Era necesario continuar la caminata. Recorrimos algunos centenares de metros más, entrando en un cafetal...

Estaba preocupado. Estamos en propiedad ajena. Podrían confundirnos con ladrones. Sería difícil explicar la finalidad de nuestra presencia.

El argentino paró nuevamente. El encuentro sería en aquel lugar. Se repitió la escena anterior. No vi nada.

Compañeros vieron. El platillo no descendió.

Volvimos a caminar. Todo igual. El hombre no desistía. Ni nosotros. Estábamos todos excitados, en ansiosa expectativa. Así se pasaron dos horas, de idas y venidas, cazadores de luces centelleantes en el cielo. Hasta que, tiritando de frío, agarré a Fabinho, mientras los otros se apartaban y le dije:

- Somos una banda de tontos siguiendo a un alucinado.

¡Vamos a volver!

Él concordó prontamente. Alcanzamos el grupo. Informamos nuestra decisión. Los demás decidieron quedarse. Volvimos los dos.

Al día siguiente supe que los intrépidos compañeros pasaron la noche en caminatas, hasta la salida del sol, sin consumir el encuentro. Pero el argentino quería intentarlo de nuevo, afirmando que en aquella noche no habría problema.

Por una de esas idiosincrasias del comportamiento humano, más misteriosas que los propios platillos volantes, repitieron la experiencia. Y fue una noche más de caminatas, hasta que vieron que el hombre estaba loco del todo.

Desde entonces, cuando escucho hablar de contactos inmediatos de tercera fase, me pregunto si no serían meras alucinaciones visuales y auditivas. Podríamos destacar que hay posibilidades de manifestaciones mediúmnicas envolviendo Espíritus desencarnados, habitantes de otros planetas. En niveles avanzados de evolución, no hay para ellos, barreras relacionadas con el espacio y el tiempo. Se desplazan con la velocidad del pensamiento. El propio Kardec relata contactos mediúmnicos de esa naturaleza. Incluso así es preciso cuidado en la apreciación de esas experiencias, principalmente cuando son relatadas por curiosos que se proponen evocar extraterrestres en lugares yermos, sin ningún conocimiento al respecto del intercambio con el más allá, sin comprender que hay mistificadores desencarnados dispuestos a alimentar nuestras fantasías.

Espiriteros

La posibilidad de mejorar en otra existencia ¿no puede inducir a ciertas personas a perseverar en un mal camino, por pensar que podrán siempre corregirse más tarde?

- El que así piense no cree en nada y la idea de un castigo eterno ya no le hace mella, porque su razón la rechaza, y tal idea lleva a la incredulidad acerca de todo. Si sólo se hubieran empleado medios racionales para conducir a los hombres no existirían hoy tantos escépticos. Un Espíritu imperfecto podrá pensar, en su vida corporal, como tú acabas de decirlo, pero una vez desprendido de la materia reflexionará de otra manera, y pronto comprenderá que ha hecho mal sus cálculos, y es entonces que adquirirá un concepto distinto para aplicar en una nueva existencia. Así se lleva a cabo el progreso, y he aquí por qué tenéis en la Tierra unos hombres más adelantados que otros. (...)

Pregunta 195

No encontraremos en el diccionario la expresión “espiritero”. Podemos situarla como un neologismo (palabra nueva) para definir personas que se unen al Centro Espirita alejadas de las finalidades del Espiritismo.

Espiritero es el “papa-pase”, que comparece a las reuniones solo para recibir su “hostia” depuradora, representada por la transfusión magnética.

Frecuentador asiduo de “consultorios del más allá”, grupos mediúmnicos que se forman solo para recibir favores espirituales, no consigue comprender que el Espiritismo no es un mero salvavidas para accidentes existenciales nacidos de su propia falta de vigilancia.

Rebelde a cualquier compromiso que imponga disciplinas de horario y asiduidad, alega absoluta falta de tiempo, sin atentar a un principio elemental: tiempo es una cuestión de preferencia.

Kardec habla de los espiriteros, en “El Evangelio según el Espiritismo” en el capítulo XVII: En algunos, los lazos de la materia son aún muy tenaces para permitir al Espíritu desprenderse de las cosas de la Tierra; la niebla que los rodea les quita la vista del infinito; por esto no rompen fácilmente ni sus gustos, ni sus costumbres, ni comprenden nada mejor de lo que ellos poseen; la creencia en los Espíritus es para ellos un simple hecho, pero modifica muy poco o nada, sus tendencias instintivas; en una palabra, sólo ven un rayo de luz insuficiente para conducirles y darles una aspiración poderosa y capaz de vencer sus inclinaciones. Se apegan más a los fenómenos que a la moral, que les parece banal y monótona; piden sin cesar a los Espíritus que les inicien en nuevos misterios, sin preguntar si se han hecho dignos de entrar en los secretos del Creador. Estos son los espíritas imperfectos, de los cuales algunos se quedan en el camino o se alejan de sus hermanos en creencia, porque retroceden ante la obligación de reformarse, o reservan sus simpatías para los que participan de sus debilidades o de sus prevenciones.

Tuve un amigo espiritero, un “bon vivant”, dado a aventuras extraconyugales y vicios. Embalado por el comodismo, sordo y ciego a los principios espiritistas que decía tener, justificaba su posición:

- Tenemos milenios por delante, en los dominios de la eternidad. Retornaremos incontables veces a la escuela terrestre. Por eso no hay prisa. Lo que no haga hoy, lo hago mañana. Más allá de eso, nadie es de hierro. Demasiada disciplina es tiranía del cerebro sobre el corazón. Como enseñaba Jesús “el Espíritu es fuerte, pero la carne es débil”. Hombre que soy, no puedo huir de las circunstancias del mundo.

¡Increíble! Una observación tan seria de Jesús, en circunstancia dramática, ¡con mala interpretación de su significado para justificar los desatinos de un espiritero!

Textualmente, según Marcos (14:38), dice Jesús:

Vigilad y orad para que no entréis en tentación. El Espíritu, en verdad, está preparado, pero la carne es débil.

El Maestro hizo esta advertencia en el Huerto, antes de ser entregado por Judas a los soldados romanos. En plena madrugada recomendaba a los discípulos que lo ayudasen en la vigilia, buscando, en oración, la protección divina para los testimonios que vendrían.

Aunque la debilidad de la carne representase en aquel momento el sueño que insistía en apoderarse de los discípulos, quedó el simbolismo vigoroso en cuanto a la necesidad de vigilar nuestros pensamientos, a fin de no dejarnos dominar por impulsos incompatibles con los principios religiosos que adoptamos.

El gran recurso, en ese propósito, es la oración, evocando las fuerzas del Cielo, en el esfuerzo por mantener nuestra integridad moral.

El reconocimiento, pues, de que “la carne es débil”, debe ser a la luz de las enseñanzas evangélicas, una advertencia; jamás una justificativa para deslices de comportamiento.

La intención de pasar para un futuro remoto nuestras realizaciones espirituales, como pretendía nuestro amigo espiritero, es algo un tanto irracional, ya que el contacto con la verdad implica un compromiso con ella. Es hasta comprensible que alguien rechace de llevar en serio la idea de que hay penas y castigos eternos para los que no se ajustan a determinados principios religiosos. Cuando aprendemos a racionar escasea el espacio en nuestro cerebro para la fantasía.

Lo mismo no ocurre con la idea de la reencarnación, que se expresa en la lógica, dándonos conocimiento de los porqués de la existencia humana, donde somos convocados al desarrollo de nuestras potencialidades creadoras, superando males e imperfecciones. Sobre todo, nos quedamos sabiendo que el Dolor, la gran maestra, tiende a acentuar su energía en la proporción en que, tomando conocimiento de lo que nos compete, dejamos de hacerlo.

Bebiendo del conocimiento espiritista, no habrá justificativa para la omisión. Partiendo de la afirmación evangélica de que mucho será pedido al que mucho recibe, concluimos

que nosotros, espiritas, estaremos siempre en deuda con la Doctrina, ya que el empeño de una vida será poco, ante la gloriosa visión de la realidad espiritual que ella extiende a nuestros ojos.

Compañeros que se manifiestan en los Centros Espiritas a que están vinculados, se reportan a este problema. No tuvieron dificultad en reconocer su nueva condición, favorecidos por el conocimiento doctrinario.

Se habilitaron a la protección de benefactores amorosos, unidos que estuvieron a actividades en el campo de la fraternidad humana.

Se reportan a indescriptibles emociones, en el reencuentro con familiares queridos. Pero, con frecuencia, revelan indefinible tristeza, por no haber aprovechado integralmente las oportunidades recibidas.

Guardan la nostalgia del ideal espirita no realizado. Aunque las conquistas alcanzadas como espiritas no consiguen huir de la penosa impresión de que se inclinaron más para espiriteros...

En los ojos de ella

¿Por qué muchas veces se ve interrumpida la vida en la niñez?

- La duración de la vida del niño puede ser, para el Espíritu en él encarnado, el complemento de una existencia interrumpida antes del término debido, y su muerte es a menudo una prueba o una expiación para los padres.

Pregunta 199

Hay reencarnaciones de emergencia.

El Espíritu en situación crítica en la Espiritualidad retorna para una breve existencia, como un enfermo en estado grave que es llevado a urgencias.

El suicida, por ejemplo, provoca tal desorden periespiritual y tan gran tormento en su consciencia, que la mejor solución puede ser el retorno a la carne, en un complemento de la existencia anterior.

Hay quien podría suponer una cantidad en ese complemento, como quien paga una deuda temporal. Viviría sesenta años; murió a los cincuenta, por mal uso de la máquina física: debe diez. ¿Y quién tiene aliento para ochenta años y se mata a los veinte? ¿Debe sesenta? ¿Y si repite la dosis, en la existencia complementa sesenta? ¿Tendrá en total cien años?

Tanto más extraña es esa idea, cuando se cree que nadie reencarna con fecha precisa para volver a la Espiritualidad. El cuerpo humano tiene una programación para cerca de cien años. Dura menos a causa de diversos factores relacionados con las condiciones de vida y, sobre todo, la manera de cómo vivimos. Ese complemento sería, más apropiadamente, subordinada. La situación en que estará el Espíritu en la nueva existencia guardará relación con la manera cómo vivió en la pasada y, particularmente, como murió.

El suicida será doblemente beneficiado: Por un lado, el choque biológico del renacimiento implicará en el olvido del pasado, permitiéndole reordenar sus experiencias, con el propósito de superar graves traumas relacionados con su gesto de fuga. Por otro, la carne funcionará como sumidero de los desajustes consecuentes de la agresión que cometió contra sí mismo, arraigados en su periespíritu.

Exactamente por eso tendrá una existencia breve, ya que el cuerpo físico no resistirá por mucho tiempo las presiones de su psiquismo conturbado que, inclusive, le impondrá limitaciones en la génesis orgánica.

La muerte del bebé está asociada, también, a problemas kármicos, envolviendo al desencarnante y a sus padres. El trauma de la separación, particularmente cuando ocurre en circunstancias trágicas, impone, a los personajes de esos dramas, angustias semejantes a las que impusieron a sus víctimas, cuando comprometidas en comportamiento criminoso.

Es incontable el número de niños victimados por actos terroristas, guerras, negligencia, imprudencia, omisión. Los responsables enlutan hogares, siembran sufrimiento, llevan corazones al desespero. Pasan, pues, por experiencias semejantes, en la condición de hijos que desencarnaron prematuramente o de padres que los ven partir, sufriendo las mismas angustias que provocaron, a fin de aprender a respetar al prójimo.

Nos rebelamos contra aquellos que cometen atrocidades, principalmente cuando involucran a niños.

Deberíamos lamentarlos, dado que siembran espinos que forzosamente recogerán. Por eso Jesús, que conocía mejor que nadie los mecanismos de la justicia divina, no evocó castigos celestes para aquellos que lo crucificaron. Solo rogó, en oración:

- Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.

Hay desencarnes prematuros que consagran experiencias misionarias. El Espíritu reencarna con la misión específica de sensibilizar afectos queridos a su corazón, rescatándolos de la indiferencia y del acomodamiento con relación a los objetivos de la vida.

Mientras en la convivencia amorosa, en su breve estadio, hacen el encanto de los familiares, tocándoles las fibras más íntimas de la afectividad. Son niños adorables, inteligentes, comunicativos, generosos...

Coronan su misión con la propia muerte. Con ellas van las ilusiones de los padres. La separación les es extremadamente dolorosa, como si la existencia hubiese perdido el significado. Buscando caminos de religiosidad, ávidos de consuelo, encuentran promisoras oportunidades de edificación espiritual.

El desencarnado, que los acompaña y ampara, se regocija.

El objetivo fue alcanzado.

Hay, también, muchos Espíritus que retornan a la espiritualidad, en plena infancia, por falta de recursos de subsistencia. Esta afirmación puede ser chocante para quien imagina que todo ocurre por fatalidad divina.

Llevada a las últimas consecuencias, semejante idea nos exime de cualquier responsabilidad envolviendo la vida y la muerte.

El enfermo muere por carencia de ayuda. Voluntad de Dios.

Transeúntes mueren en un tiroteo. Voluntad de Dios.

Decenas de personas mueren en un atentado terrorista. Voluntad de Dios.

Millares mueren en una guerra. Voluntad de Dios.

¿Y por qué no decir que el individuo que intenta el suicidio, y la mujer que pretende abortar, solo consiguen su objetivo porque es la voluntad de Dios?

Ninguno de esos crímenes, ninguna de esas muertes ocurre por iniciativa divina. Son situaciones generadas por la insensatez humana.

Dios quiere que vivamos en la Tierra de forma productiva, haciendo lo mejor, aprovechando integralmente el tiempo de vida que nos concede y las oportunidades de edificación. Si eso no ocurre, no podemos responsabilizar al Creador lo que es de nuestra responsabilidad.

En la medida en que un país se desarrolla, mejora sus servicios de salud, se reduce drásticamente la mortalidad infantil. ¿Será que Dios premia a los países ricos, preservando a sus niños?

Más racional y justo es considerar que la vida se sitúa como don de Dios, pero la calidad y duración de la existencia humana se subordina al esfuerzo del hombre, creando condiciones para que las personas vivan más y mejor.

Dios inspira el progreso, las revelaciones, los descubrimientos, el bienestar humano, pero compete al Hombre obrar como instrumento de la Divinidad para que todo eso ocurra. No es de la voluntad de Dios que mueran niños en chabolas.

Exceptuándose los que parten atendiendo a problemas kármicos, la vasta mayoría muere porque Dios no encuentra personas que se dispongan a obrar como instrumentos de su voluntad para ayudarlos.

La presencia inherente de Dios se hace sentir en todas las dimensiones del Universo y en todas las manifestaciones de vida. Todo revela la existencia de un ser soberano, infinitamente justo y misericordioso, que nos dio el don de vivir, reservándonos una gloriosa destinación.

Pero, si prestamos atención, superando milenarias tendencias egoísticas que caracterizan a la criatura humana con relación a las dificultades del prójimo, notaremos que Dios está presente también en los ojos tristes del niño carente, pidiéndonos que le ayudemos a vivir.

Inversión sexual

¿Tienen sexo los Espíritus?

- No, en el sentido en que vosotros lo entendéis, ya que los sexos dependen del organismo. Hay entre ellos amor y simpatía, pero basados en la afinidad de sentimientos.

El Espíritu que ha animado el cuerpo de un hombre ¿puede en una nueva existencia animar el de una mujer, y viceversa?

- Sí, son los mismos Espíritus los que animan a hombres y mujeres.

Preguntas 200 y 201

Cuando nace un bebé el médico inmediatamente informa del sexo. Esto no exige sofisticación tecnológica ni talento investigativo: basta examinar los órganos de reproducción. Imposible adoptar el mismo criterio para definir el sexo de los Espíritus. Ellos no se reproducen. No obstante, poseen sexo, observada la psicología y no la morfología. El Espíritu “masculino” es aquel en que predominan las características de masculinidad. La misma regla define el “femenino”

En elevados estadios evolutivos, el Espíritu alcanza un perfecto equilibrio, entre lo mejor que pueden ofrecer los dos sexos. De ahí la concepción mitológica del ángel, un ser asexuado que sintetiza las virtudes del hombre y de la mujer. Tenemos aquí una realidad vestida con el manto de la fantasía.

Reencarnado como mujer o como hombre, consonante a posibilidades evolutivas, el Espíritu desarrolla paulatinamente, en su psicología, la masculinidad y la feminidad. En el estadio humano siempre habrá predominancia de una de ellas, según sus propias opciones. Por tanto, no hay masculinidad plena, ni plena feminidad en la Tierra. Tanto la mujer tiene algo de viril, como el hombre de femenil.

En la reencarnación hay lo que se acostumbra a definir como polarización (en el sentido de atraer, concentrar), haciendo destacar en el individuo las características del sexo escogido.

Imaginemos un porcentaje. Un Espíritu “masculino” tendría 70 % de masculinidad y 30 % de feminidad. Si reencarna como mujer, estos 30 % serán polarizados por el armazón biológico del sexo escogido, compatibilizando la psicología con la morfología.

Lo mismo ocurrirá con un Espíritu “femenino” reencarnado como hombre, con la polarización del componente de masculinidad que hay en sí.

En circunstancias especiales no se da esa polarización, estableciendo una armonía entre el sexo espiritual y el físico. Esto puede ocurrir como una opción del Espíritu cuando, en misión, pretenda dedicarse a determinadas tareas, optando por esta “anomalía” que impedirá sus impulsos de emparejamiento.

Con una psicología que no se ajusta a la morfología, tenderá a sentir atracción por individuos del mismo sexo. Como su consciencia no le permitirá un involucramiento de ese tipo, que siente contrario a la Naturaleza, optará por la soledad afectiva, con lo que pasará a dedicarse enteramente a las tareas a que se propuso, desenvolviéndose en una existencia sacrificada.

Encontramos, en la Historia, muchas personalidades destacadas en los dominios de la Cultura, del Arte, de la Filosofía, de la Ciencia, de la Religión, que vivieron esa circunstancia. Pasaron incomprendidos, ridiculizados y calumniados por sus contemporáneos en cuanto a su posición con relación al sexo, pero, manteniendo severas disciplinas de castidad, canalizaron sus fuerzas genésicas para gloriosas realizaciones en favor de la Humanidad.

La inversión resulta, también, de expiación, involucrando Espíritus comprometidos en abusos sexuales. No es raro, frente a sus imperfecciones, en el ansia de realizar sus impulsos en los dominios de la sexualidad, el individuo así encuadrado resuelve asumir sus tendencias. Y surge el travesti, hombre que simula ser mujer y viceversa.

Cierta vez conversé con una bella joven, rubia, alta, de ojos verdes. Enfrentaba serios problemas afectivos y acabó confesando que era hombre. Fue la primera vez que vi de cerca un legítimo travesti, una psicología femenina en una morfología masculina. Mujer en un cuerpo de hombre.

Atendiendo a mis preguntas, me dijo que desde pequeño se sentía mujer. Eso lo afligía mucho en la adolescencia, al despertar de la sexualidad, cuando solo sentía atracción por los chicos. En la edad adulta decidió vestirse de mujer, cambiando la identidad. No obstante, era profundamente infeliz. No conseguía una relación amorosa legítima. Los hombres se acercaban solo para aventuras sexuales.

Es una situación difícil. Más allá de eso, hay preconceptos terribles contra el travesti. Execrado y anatematizado, es víctima de bromas y mofas vulgares. Se vincula a actividades artísticas, lo sitúan como personaje de circo, por lo inusitado de su condición, caricatura del sexo que pretende imitar. Los más inmaduros acaban en la prostitución, atendiendo a personas desajustadas que buscan aventuras sexuales.

En cualquier situación, hasta mismamente para que lo respetemos como ser humano, es preciso ver en el travesti un Espíritu en expiación, enfrentando el insuperable problema de una psicología que no se ajusta a la morfología. El travesti puede encuadrarse en el homosexualismo en la medida en que de salida a sus impulsos sexuales orientados por la psicología invertida.

Se considera, entretanto, que la mayor parte de los homosexuales no tienen nada en común con ese problema. Es mucho más una cuestión de opción y, más que eso, de vicio. Así como hay individuos que se vician en el cigarro, en el alcohol, en las drogas, hay viciados del sexo que, en la búsqueda de sensaciones, acaban desarrollando prácticas homosexuales.

El homosexualismo puede desarrollarse en la adolescencia, como experiencia motivada por la curiosidad juvenil; o en prisiones, como alternativa para necesidades sexuales.

No se trata, por tanto, de una acomodación de la psicología a la morfología. Hay homosexuales masculinos muy viriles, así como hay lésbicas (la mujer homosexual), que son extremadamente femeninas.

Como todos los vicios, el homosexualismo trae placeres en el inicio y amarguras después. Si contrariamos a la naturaleza, el sufrimiento, por medida de reajuste, es indispensable. Esos problemas perduraran hasta que la humanidad aprenda a respetar la propia sexualidad, disponiéndose a hacer de la actividad sexual no mera fuente de placer animal, sino, fundamentalmente, un complemento de la comunión afectiva, bajo la inspiración del amor que une al hombre y a la mujer para las experiencias sagradas de la vida familiar.

El quinto hijo

¿Transmiten los padres a sus hijos una porción de su alma, o sólo se limitan a darles la vida animal, a la cual, otra alma, brinda la vida moral?

- Sólo la vida animal, puesto que el alma es indivisible. Un padre torpe puede tener hijos talentosos, y a la inversa.

Pregunta 203

La señora quedó embarazada por quinta vez.

Evento poco animador.

El marido, sifilítico. Ella, tuberculosa.

El primer hijo nació ciego.

El segundo murió.

El tercero era sordo.

El cuarto padecía del mal materno.

El matrimonio pensó en el aborto, con apoyo de médicos y amigos.

¿Y usted, lector, que haría?

Bien, si es espiritista, no hay nada que pensar. El Espiritismo es inconfundiblemente contrario. Admite el aborto solo en una circunstancia; cuando hay un serio riesgo para la futura madre. En una situación así, es razonable que prevalezca la vida que ya ejercita labores y responsabilidades sobre aquella que aún no vino a la luz. Aun así, se trata de una cuestión muy personal. Existen madres que, informadas de los riesgos que corren, deciden llevar adelante el embarazo. Fervorosa en la fe, preservan el bebé y son preservadas por Dios.

En el pasado, culturas materialistas, como la de Esparta, eliminaban deficientes físicos en el nacimiento, pretendiendo mantener una raza de guerreros impecablemente fuertes y saludables. Esa eugenesia amoral está presente hoy en los modernos centros médicos, donde sofisticados exámenes, durante el embarazo, determinan en cuanto a la conveniencia de eliminar embriones defectuosos, como si fuesen piezas de una fábrica rechazadas en los test de calidad.

El Espiritismo tiene una contribución para ofrecernos, en este particular, demostrando que niños con problemas mentales y físicos son Espíritus en pruebas, enfrentando situaciones compatibles con sus necesidades evolutivas y sus débitos kármicos.

Los padres, a su vez, se sitúan, generalmente, por parejas o mentores de sus delitos. Tiene, por eso, el intransferible compromiso de ayudarlos en esas penosas jornadas de rehabilitación.

El problema, por tanto, no puede ser reducido a un simple accidente biológico. Aunque las leyes de la genética estén presentes en el acto reencarnatorio, no funcionan de forma casual. El mecanismo es causal.

No es la casualidad que promueve la combinación de elementos hereditarios. La causa está en las vivencias anteriores del reencarnante, que determinan la naturaleza de su cuerpo, con las facilidades o dificultades que enfrentará.

En el síndrome de Down, el llamado mongolismo, por ejemplo, ocurre una especie de error cromosómico. El portador posee un cromosoma de más, que provoca la anomalía. Problema genético, pero de ascendentes kármicos.

El mongoloide es un Espíritu en expiación, enfrentando limitaciones relacionadas con su pasado.

Heredamos de nuestros padres elementos hereditarios, como quien recibe material para construir una residencia.

Las casas son hechas de ladrillos, tejas, maderas, cal, cemento, arena. El tipo de construcción va a depender de las necesidades, disposiciones disponibilidades del propietario. Podrá ser grande o pequeña, ventilada o sofocante, soleada o sombría, solida o frágil...

Lo mismo ocurre en la reencarnación. Recibimos de nuestros padres el material (genes) para una nueva vivienda (cuerpo) y lo hacemos obedeciendo al automatismo de las leyes divinas o a un planeamiento espiritual, que resultará siempre en una estructura orgánica compatible con nuestras necesidades evolutivas.

Un individuo violento, siempre preparado para resolver “con los puños” sus disputas, tendrá un cuerpo frágil que reducirá sus impulsos agresivos. Aunque reencarne en familia de gente fuerte y saludable, aprovechará el material de construcción precariamente y resurgirá en la carne con educativas deficiencias. Anomalías como el síndrome de Down, clasificadas como accidentes hereditarios por los genetistas, constituyen, en verdad, bendecida terapia de Dios en favor de hijos desajustados.

Hay otro lado de la cuestión.

Un Espíritu reencarna con importante misión, en el seno de familia que tiende a generar deficientes físicos, en virtud de problemas genéticos. Por la naturaleza de sus tareas, él debe tener un cuerpo saludable.

Así, técnicos de la Espiritualidad actuando con seguridad, seleccionan el ovulo más prometedor, el espermatozoide más adecuado y promueven la fecundación, aprovechando de la mejor forma posible los caracteres hereditarios, favoreciendo al reencarnante.

No obstante, los pronósticos, nace el niño sin problemas físicos o mentales pasibles de comprometer su misión.

Cierta vez vi una cocina azulejada, en una entidad asistencial.

- ¡Institución rica! ¡Azulejos de primera! – bromeé.

- Son de segunda. Seleccionamos lo mejor- explicó el director.

Así ocurre en la reencarnación.

Aunque no exista disponibilidad genética ideal, cuando, necesario la Espiritualidad siempre da la forma de seleccionar “azulejos”. Por eso, aquella mujer tuberculosa, con el marido sifilítico y descendencia problemática, puede quedar tranquila. El hijo que vendrá no estaría unido a ella sin razones ponderables.

Y nunca serán fortuitas las condiciones que le marcarán la mente y el cuerpo, favoreciéndole los vuelos del raciocinio o imponiéndole la obnubilación intelectual, ofreciéndole libre movimiento o aprisionándolo en la deficiencia.

Misionario o reeducando, trabajador o aprendiz, tendrá un cuerpo compatible con sus compromisos, conforme los sabios designios de Dios, presentes hasta incluso en la hoja que cae de un árbol, como enseñaba Jesús.

Hereditariad moral

Los progenitores suelen transmitir con frecuencia a sus hijos una semejanza física. ¿Les transmiten también un parecido moral?

- No, puesto que se trata de almas o Espíritus diferentes. El cuerpo procede del cuerpo, pero el Espíritu no procede del Espíritu. Entre los descendientes de las razas sólo existe consanguinidad.

Pregunta 207

Varios proverbios resaltan la idea de que los hijos reproducen defectos y cualidades de los padres: tal padre, tal hijo...

Hijo de pez, pececito es...

Quien sale a los suyos no degenera...

Hijo de gatos, ratas mata...

Hijo de burro puede ser lindo, pero un día dará coces.

Bien, depende del ángulo en que observemos el asunto. En cuanto a la estructura física es notorio que funciona la hereditariad. Hija de padres obesos difícilmente será maniquí. Hijo de padres delgadísimos tendrá pocas oportunidades de ser luchador de sumo.

Hay, también, cierto peso hereditario determinando el cociente de inteligencia. Padres de CI elevado guardan mejores oportunidades de tener hijos inteligentes. Investigaciones demuestran eso.

Aquí es necesario llevar en consideración el nivel social. Individuos de CI elevado obtienen mejor éxito profesional, garantizando una razonable estabilidad económico-financiera. Consecuentemente sus hijos serán bien nutridos, tendrán mejores escuelas, cuidados médicos adecuados, vida más saludable, opciones numerosas de deporte y ocio. Todo eso favorece el desarrollo intelectual.

Importante recordar siempre, en el estudio de la reencarnación, que el Espíritu se subordina a las posibilidades del cuerpo que le sirve, a las experiencias humanas, como un corredor de Fórmula Uno está sujeto a las potencialidades de su máquina.

Ayrton Senna, as del automovilismo mundial se hundiría en el ostracismo sin un vehículo con tecnología punta.

Un genio de la Espiritualidad tendrá inmensas dificultades en movilizar su potencial en un cuerpo subnutrido desde el embarazo. Esto es claramente demostrado en las experiencias con adopción. Hijo de chabolistas humildes, paupérrimos, es adoptado por una familia rica, aun recién nacido. Recibe desde temprano lo que hay de mejor en alimentación y cuidados médicos.

El bienestar de este bebé, en la edad adulta, con un hermano que permaneció en la favela, revelará una sensible diferencia en favor del primero. Lo mismo no se puede decir en cuanto a la moral.

No heredamos la bondad o la maldad, el altruismo o el egoísmo, el vicio o la virtud de nuestros padres. Estos valores no están impresos en los genes, ni se condicionan a la estructura o desarrollo del cuerpo físico. Constituyen un patrimonio del Espíritu. Hay, sin duda, también aquí, la influencia del medio. El niño es sensible a los ejemplos que recibe, a la presión del ambiente en que vive.

Pero es una influencia relativa, incluso porque la evolución moral se opera de dentro para fuera, a partir de la disposición íntima del individuo en luchar contra sus imperfecciones y deficiencias. Por eso los hijos revelan sus propias características, eminentemente personales, su manera de ser no es raro, en oposición al lugar en que viven y a los estímulos que reciben.

La mejor demostración de eso está en el propio hogar. En una familia de cinco hijos, con los mismos padres, el mismo ambiente, los mismos cuidados, bajo las mismas condiciones, son todos diferentes entre sí, como los dedos de la mano.

Hay un cariñoso; otro que es muy agresivo.

Hay el que no le gusta mentir; otro que se destaca por ser amigo del engaño.

Hay el fascinado por sonidos estridentes; otro que prefiere música suave.

Hay el ávido por aventuras amorosas; otro extremadamente prudente en el relacionamiento afectivo.

Entre padres e hijos, la misma antítesis.

Ejemplo destacado: Marco Aurelio y Cómodo.

Marco Aurelio, el más virtuoso y sabio de los emperadores romanos, inmortalizado por su amor a la filosofía y a las letras. Cómodo, su hijo, habría pasado anónimo por la Historia, si no fuera por el lamentable destaque para su crueldad y libertinaje.

La moral, por tanto, es la tarjeta de identidad del Espíritu, dándonos cuenta de que él es hijo de sí mismo, de sus patrimonios íntimos, de sus experiencias pasadas, revelándonos el nivel de evolución en que se encuentra. En otro día, refiriéndose a una familia donde padres e hijos tienen un comportamiento inmoral, siempre dispuestos a lesionar al semejante, un amigo comentaba:

- Es todo harina del mismo saco.

Realmente, esto puede acontecer, no por herencia moral o mera influencia de ambiente, sino por afinidad. Una familia de bandidos es constituida por Espíritus que tienen esa tendencia. Una familia de gente honesta y digna integra Espíritus del mismo porte. Hay, aun, la “oveja negra”, un hijo degenerado, de comportamiento inconsecuente y vicioso, en el seno de la familia ajustada. Espíritu atrasado que fue escogido con el propósito de ser ayudado en su aprendizaje. Lo inverso también ocurre: una “oveja blanca” entre marginales. Espíritu evolucionado en una tarea sacrificial en favor de los familiares.

Algo semejante ocurre con relación a la vocación, punta visible de nuestro universo íntimo, sin subordinación a factores hereditarios o ambiente.

Desde la más tierna infancia el niño revela tendencia y habilidades relacionadas con determinada actividad que, no es raro, sorprenden a los adultos. Si hubiese una escuela para los padres una disciplina sería indispensable: cómo ayudar a los hijos a seguir sus inclinaciones, en el indispensable casamiento entre vocación y profesión. Cuando esto no ocurre, tenemos verdaderos desastres:

Malos médicos que serían excelentes hacendados.

Malos abogados que serían buenos músicos.

Malos administradores que se les darían mucho mejor como operarios.

Dice Gibran Khalil Gibran, en “El Profeta”:

Vuestros hijos no son vuestros hijos. Son los hijos y las hijas del ansia de la Vida, por si misma. Ellos vienen a través de vosotros, pero no de vosotros. Y aunque vivan con vosotros, no os pertenecen.

Jesús dijo algo semejante en el famoso diálogo con Nicodemo, cuando dijo:

El Espíritu sopla, donde quiere; tu, escuchas su voz, pero no sabes de donde viene ni para donde va...

Los dos textos se aplican a la concepción reencarnacionista, dándonos cuenta de que los hijos traen sus propias aptitudes y sentido moral. Podemos y debemos ayudarlos a desarrollar para el Bien esos valores. Para eso están junto a nosotros.

Consideremos, con todo, que llegará el momento en que seguirán sus caminos. Entonces, aprenderán con sus propios errores y crecerán con sus propios aciertos.

Pocas plazas en la escuela

¿Reencarna el alma de inmediato, después de su separación del cuerpo?

- A veces inmediatamente, pero casi siempre después de intervalos más o menos largos.
(...)

Pregunta 223

El viejito era reencarnacionista convencido, pero eso no le animaba mucho.

- Tengo noventa y cuatro años. Me preocupa saber que mis padres desencarnaron hace cuarenta y cinco años. Tres decenios pasaron desde que mi esposa se fue. Cerca de medio siglo marca el fallecimiento de un hijo adolescente. Después de tanto tiempo, no los reencontraré en la Espiritualidad, cuando Dios me llame. Reencarnados, integrados en una nueva personalidad, nueva familia, nuestra unión perecerá.

Este raciocinio es frecuentemente usado por aquellos que no aceptan la reencarnación. Resaltan que en esas idas y venidas perdemos de vista a nuestros amados, disolviéndose las uniones afectivas. No es nada de eso.

Si la convivencia hace el amor, este, cuando es consolidado, perdura siempre, aunque, eventualmente, estén sin convivir los que se aman. Tanto es así que los Espíritus que se adelantan, estando en planos más altos, se tornan ángeles tutelares de sus amados, amparándolos siempre, en la Tierra o en el más allá. Pueden, por tanto, alterarse los escenarios y los papeles desempeñados por nosotros, en el teatro de la Vida, pero el amor legítimo será siempre inmutable e imperecedero.

Por otro lado, la reencarnación no es un yoyó evolutivo, en que el Espíritu se envuelve con un suceder de giros reencarnatorios, sin tiempo para tomar aliento en la Espiritualidad. Ningún alumno reside en la escuela. Permanece allí bien menos de lo que se imagina. Considerando que el año lectivo tiene ciento ochenta días, con carga horaria de aproximadamente cinco horas diarias, concluimos que el colegio ocupa cerca de un décimo de su tiempo. Algo semejante ocurre en nuestras experiencias en la escuela terrestre. Y tanto más quedaremos en casa, en la Espiritualidad, cuanto más ampliamente superemos nuestras imperfecciones, ya que es para eso que nos sometemos a las experiencias reencarnatorias.

Los Espíritus superiores raramente vienen a la carne. Cuando lo hacen es para enseñarnos, en gloriosas misiones, ya que nada tienen que aprender aquí.

Infundado, pues, el temor de que no encontraremos a los familiares que nos antecedieron en el retorno a la Espiritualidad. Salvo en circunstancias excepcionales, nuestra permanencia en el Más allá es larga, para más de cien años. Eso ocurre también por un problema de disponibilidad de vacantes en la escuela terrestre.

Frecuentemente, en las manifestaciones de benefactores espirituales, escuchamos exhortaciones así:

- Aprovechen la oportunidad que Dios les concedió. Luchen contra sus imperfecciones. Esfuércense en favor de la propia renovación. Practiquen el bien, conquisten bases de virtud. Valoricen las becas de estudios en la reencarnación, ya que hay extensas filas de Espíritus esperando la oportunidad de recomenzar.

Esa tardanza significa que el periodo, el tiempo que separa dos encarnaciones, es más o menos larga. Fácil ver esto, analizando una información del Espíritu André Luiz, en la psicografía de Francisco Cândido Xavier, publicada en el Armario Espirita, de Araras, edición de 1964.

Según el apreciado mentor, la población desencarnada de la Tierra andaba cerca de veinte mil millones de Espíritus. En aquel año el número de encarnados era de aproximadamente tres mil millones, la octava parte de la población global. Si esta permaneciese estática, con una media de cincuenta años para la jornada humana (considerando países desarrollados y subdesarrollados), tardaría cuatrocientos años para que todos tuviésemos una experiencia reencarnatória.

Como la población encarnada va creciendo siempre (actualmente somos cerca de cinco mil trescientos millones), y hay Espíritus que no reencarnan más o lo hacen en espacios muy extensos, el periodo se puede reducir a cerca de doscientos años.

Se trata de una especulación, pero da para sentir que forzosamente pasamos más tiempo en el Más allá. La demanda es bien mayor que la “oferta de plazas”. No hay, por tanto, razón para temer no reencontrar, en el Plano Espiritual, a aquellos que nos precedieron. Tan cierto como la propia muerte será el reencuentro de los que se aman de verdad, con aquella fidelidad que supera las barreras del espacio y del tiempo.

Científicos que investigan la reencarnación, con la regresión de memoria por hipnosis o inducción, han confirmado que, aunque varíe mucho la interrupción, pudiendo sobrepasar mil años, hay una media en torno a doscientos cincuenta años.

Hay las notables investigaciones en torno a las reminiscencias espontáneas. Algunos niños recuerdan la existencia anterior, con tal riqueza de detalles que llegan a confundir a los adultos. Imaginemos a un niño reclamando a sus padres:

- No sé lo que estoy haciendo en esta familia. Mis padres de verdad viven en otra ciudad. Tengo otros hermanos. Estoy casado, tengo hijos...

Una bella confusión generada por personalidades superpuestas de una individualidad.

Los investigadores constatan que la interrupción, en estos casos, es muy breve, no sobrepasando los veinte años, lo que parece contrariar la tesis de que es largo el intervalo que separa dos encarnaciones.

En verdad solo recuerda la vida pasada porque estuvo poco tiempo en el Plano Espiritual. Si estos casos son raros esto significa que la interrupción corta es una excepción.

No está lejos el día en que la reencarnación será reconocida por la comunidad científica, descubriendo ciertas lagunas en la teoría evolucionista de Darwin. Quedarán asombrados los científicos al constatar que todas las consecuencias culturales, sociales y morales, relacionadas con el conocimiento de las vidas sucesivas, estaban perfectamente delineadas y definidas en las obras básicas de la Doctrina Espirita, con la destacada contribución de Allan Kardec.

La obtención de ese conocimiento bendecido, antes que la Ciencia lo extienda, implica en un compromiso:

Nos compete desarrollar una consciencia reencarnat6ria, valorizando el tr6nsito por la escuela terrestre, donde debemos obrar como alumnos aplicados en las lecciones de la vida.

Solamente as6, de retorno al hogar, estaremos habilitados para la felicidad que anhelamos, en el extenso estadio en la Espiritualidad, como sugiere David, en el famoso Salmo XXIII:

Y en la -casa- del Se1or habitar6 por largos d6as.

Fiesta de Indio

¿Conservan los Espíritus algunas de las pasiones humanas?

- Los Espíritus elevados, al perder su envoltura, sólo conservan las pasiones del bien. Pero los Espíritus inferiores continúan con las malas. De lo contrario pertenecerían a la primera jerarquía.

Pregunta 228

¿Existen buenas pasiones?

¿Puede ser bueno un sentimiento elevado con alto grado de intensidad, sobreponiéndose a la razón? ¿Algo que priva nuestra capacidad de evaluación y el control de nuestras emociones?

Esa aparente contracción se justifica por una peculiaridad de la lengua portuguesa: hay muchas palabras con más de uno y hasta con múltiples significados.

Consagrado uno de ellos, los demás suenan raros y hasta antagónicos. La palabra casa, por ejemplo, evoca inmediatamente la idea de domicilio. Pero casa es también la tercera persona del singular del verbo casar; la abertura por donde pasa el botón; el público que asiste a un espectáculo; una división decimal, la localización de las piezas en el juego del ajedrez.

Eso ocurre con la pasión. Se fijó la idea de que se trata del sentimiento profundamente nocivo, que induce a desatinos.

“Mató a la mujer con veintisiete puñaladas” – grita el titular en el periódico sensacionalista.

En el texto, la explicación:

La esposa pretendía abandonarlo por otro. Diciéndose profundamente apasionado, incapaz de vivir sin ella, el marido no contuvo el impulso asesino. ¿Y si él la hubiese dejado seguir su camino, aunque sufriendo con la separación? ¿Si considerase el derecho inalienable de la esposa infiel a decidir la propia vida? ¿No tendríamos aquí una buena pasión, de quien le gusta intensamente sin perder el buen sentido, la posesión de sí mismo?

La pasión es un estímulo evolutivo. Significa nuestro desarrollo intenso con lo que hacemos o con quien nos relacionamos. Eso favorece el desarrollo de nuestras potencialidades intelectuales, morales, emocionales....

Se torna un mal cuando renunciamos del discernimiento, de la razón, sustentándola sin provecho real, sin utilidad legítima, comprometiéndonos en un comportamiento irregular.

Hay personas que tienen pasión por el trabajo.

Una buena pasión, desde que encaremos el trabajo como parte de la vida, evitando transformarlo en finalidad de ella, lo que nos conducirá a excesos peligrosos y desajustantes

En este contexto, un tema bien actual: el carnaval.

De origen pagano, se remonta a las fiestas saturnales, en la antigua Roma, cuando se conmemoraba el retorno de la primavera.

En Brasil es una pasión popular. Envuelve a multitudes.

¿Bueno o malo?

Imposible estar con la primera opción cuando se observa que, bajo inspiración de alcohol y de las drogas, allí se destacan el nudismo exhibicionista, la malicia, la inmoralidad, el adulterio.

Un comercial de prevención del SIDA sugiere que el que va a estos festejos use el preservativo sexual como fantasía. Imagen de mal gusto, pero que revela el clima de promiscuidad que se propaga en el carnaval.

Los registros policiales relacionados con el aumento de la criminalidad, de violaciones, de accidentes fatales, en esos días, son alarmantes.

Hay quien considere el carnaval una buena pasión, permitiendo la oportunidad de divertirse, de alivio de tensiones. Tal vez eso ocurra, pero es necesario analizar las consecuencias. Puedo eliminar rápidamente una verruga que crece en el dedo, sometiéndola al fuego. Solo hay un problema: el dedo también será incinerado.

El ambiente de carnaval puede “derretir tensiones”, pero es también fuego de perturbación, en la medida en que se asocian a esos festejos multitudes de Espíritus obsesores. Ellos toman de asalto a los fiesteros, absorbiéndoles las energías y provocándoles desajustes que les impondrán días de amarguras.

Un precio muy alto por algunos días de euforia...

Tal vez pudiésemos evitar ese involucramiento como cultivo de la sobriedad, absteniéndose de los alcoholes y de las drogas, evitando las malas tendencias, la malicia...

Seríamos, entonces, el fiestero evangelizado, que entra en el baile momístico en oración, pensamiento en Jesús, Evangelio en la mano, entonando cánticos de alabanza, enfrentando las “fieras”, del más allá como los antiguos cristianos enfrentaban los leones en el circo romano.

Ciertamente no haríamos una buena figura.

Jamás el carnaval será una buena pasión, dado que le falta lo esencial para esto: el ejercicio de la razón, que nos lleva a hacer lo que es útil, provechoso, lógico, edificante.

El carnaval es la antítesis de todo esto, una renuncia a millares de años de aprendizaje, en la escuela de la evolución, para el retorno a la aldea. Es fiesta de indio, de gente saltando inconsecuentemente.

Alineábamos estas ideas sin ninguna pretensión de condenar, ya que el Espiritismo es la doctrina de la conciencia libre. Todo lo que hace es esclarecer, demostrando que hay iniciativas que no interesan a nuestra economía espiritual.

Nos acordamos de la afirmación de Pablo contenida en la Primera Epístola a los Corintios: Todas las cosas me son permitidas, pero no todas las cosas me convienen.

Podemos, como espiritas, participar de cualquier actividad mundana. La libertad es fundamental para que germine la responsabilidad. Recogiendo las consecuencias de nuestros aciertos y desaciertos sabremos lo que es bueno y lo que no es bueno para nosotros.

El Espiritismo solo enfatiza la importancia de no perder el tiempo, procurando lo que nos conviene como Espíritus eternos, atendiéndonos a lo que es realmente importante, la experiencia provechosa que nos enriquezca moral e intelectualmente.

Daremos un paso decisivo, en este sentido, cuando adquirimos plena consciencia de la necesidad de ajustarnos a los patrones éticos del Evangelio.

En la medida en que el Evangelio guie nuestras vidas sabremos definir mejor nuestros caminos, participando de las actividades sociales solo en la medida en que pueden ser parte de nuestra acción en favor de un mundo mejor.

Despierto para el Evangelio, el fiestero de hoy será mañana el servidor. Ignorará las cabrioladas monísticas bajo la inspiración de ideas más provechosas:

“El Centro Espirita que frecuento necesita de una pintura. Aprovecharé las fiestas de carnaval. Llamaré a los compañeros y el miércoles estará brillando”.

“En el barrio donde presto asistencia hay decenas de barracones en pésimas condiciones. Haremos una movilización en el carnaval. Vamos a ayudar a aquella gente.”

Esas iniciativas le permitirán superar tensiones sin los riesgos de la inconsecuencia, y disfrutar de alegría auténtica, sin dramas de consciencia y sin resacas. Hay una estimulante afirmación de Jesús en este sentido, contenida en el Evangelio de Juan, capítulo XVII, cuando, en oración, dirigiéndose a Dios, suplica: Ellos no son del Mundo, como tampoco yo no lo soy. Santificándolos en la verdad.

Si, debemos participar de la sociedad terrestre, desarrollar actividades humanas, pero recordando que no somos de aquí, no solo en el sentido de que el Evangelio nos inspira ideas que se superponen a las ilusiones mundanas, sino sobre todo porque, efectivamente, aquí estamos de paso solamente.

¿Qué es la Tierra para nosotros?

¿Taller? ¿Escuela? ¿Prisión? ¿Albergue? ¿Hospital? Depende de cómo estamos viviendo, de las pasiones que cultivamos...

No es solo nuestro hogar. Este está en el plano espiritual y en función de él deben girar nuestras aspiraciones más legítimas, como alguien que, estando en una remota región, trata de hacer sus “ahorros” para situarse en mejor posición al retornar. Así estaremos “santificados en la verdad”, esto es, viviendo de forma auténtica, Espíritus eternos que conciben la existencia humana como una bendecida oportunidad de edificación para, a través del esfuerzo perseverante en el Bien, alcanzar niveles más altos de virtud y sabiduría.

Evolucionando siempre

¿Progresar el Espíritu en estado errante?

- Puede mejorar mucho, pero siempre según sea su voluntad y su deseo. Pero es en la existencia corpórea donde pone en práctica las nuevas ideas que ha adquirido.

Pregunta 230

Frecuentemente nos deparamos con la palabra “erraticidad”, en las obras básicas de la Doctrina Espirita, definiendo el estadio que el Espíritu hace en el Más allá, entre dos encarnaciones.

En Brasil se consagró la expresión “Espíritu desencarnado”, tal vez porque para nosotros aquel término sugiere “sin rumbo”, “perdido”, algo como “alma apenada”, que popularmente sitúa al espectro de los muertos vagando sin destino. En este sentido “erraticidad”, puede caracterizar la posición de muchos Espíritus, pero está lejos de valer para todos.

“Nuestro hogar”, por ejemplo, la ciudad espiritual descrita por el Espíritu André Luiz, en el libro homónimo psicografiado por Francisco Cândido Xavier, tenía cerca de un millón de habitantes cuando la obra fue publicada. Allí todos estudian, trabajan, cultivan el arte, se perfeccionan moral e intelectualmente... En fin, evolucionan.

Aquella ciudad espiritual realiza el ideal de una sociedad cristiana, donde la fraternidad es norma de vida y el egoísmo no encuentra espacio en los corazones. Consonante a la lección evangélica, se destacan los que más sirven.

No hay en “Nuestro hogar”, ociosidad, indiferencia por los valores de la existencia, intereses individualistas en detrimento de la colectividad. El propio autor solamente adquirió el derecho de allí residir después de ejercitar desprendimiento y altruismo, en un dramático episodio envolviendo a su familia.

Hay aspectos curiosos en “Nuestro hogar”, como el acuerdo entre sus moradores, en el sentido de cultivar apenas pensamientos positivos, optimistas, exentos de pensamientos inferiores.

Sabia decisión, ya que la atmósfera psíquica de cualquier comunidad, en la Tierra o en el Más allá, guarda relación con las vibraciones mentales de sus integrantes.

Si el cielo se cubre de nubes negras, hay frecuentes descargas eléctricas que pueden provocar daños considerables. Algo semejante ocurre en el horizonte espiritual. La indisciplina mental de la criatura humana favorece, en las grandes concentraciones urbanas, la evolución de deletéreas formaciones fluídicas que se derraman en ocurrencias lamentables.

Accidentes graves, tragedias, asesinatos, robos, episodios envolviendo el vicio y la violencia, la indisciplina y el abuso, estallan en las grandes ciudades, con graves perjuicios materiales y espirituales.

¿Hasta qué punto podremos observarlos a distancia, sin considerar que de cierta forma estamos involucrados? ¿No habrá en nosotros una parcela de responsabilidad, en la medida en que contribuimos con nuestros pensamientos, con nuestras actitudes, con nuestra manera de ser, para la perturbación psíquica de nuestra ciudad, abriendo espacio para esas descargas destructoras?

Ese problema está presente a partir de las “charlas” que marcan la inmadurez humana. Difícilmente veremos dos o más personas conversando, relajados, sin que los asuntos resbalen para la maledicencia, la crítica ferina, la colección de anécdotas vulgares, el pesimismo. El palco de esas tertulias inconsecuentes puede estar férricamente iluminado, pero los interlocutores son generadores de sombras.

Los templos religiosos funcionan, en este contexto, como revitalizantes almacenes espirituales, donde las personas se nutren, por algunos momentos, de pensamientos superiores. Estas, entretanto, no llevan a motivar sus existencias, ya que transitan, efímeras por el cerebro, sin tiempo ni espacio para fijarse en el corazón.

Lo ideal sería reconocer en el Universo el templo divino, la casa de Dios, lo que significa que donde y con quien estemos debemos buscar valores de edificación espiritual, haciendo lo mejor.

¿Y si, a semejanza de los habitantes de “Nuestro hogar”, disciplinásemos nuestra mente para el Bien, estimulando amigos y familiares para que hagan lo mismo?

En principio seríamos algunos solamente; después, muchos, más tarde, una avalancha de gente pensando en el Bien, practicando el Bien, edificando el Bien.

Entonces ocurrirían sustanciales modificaciones en la comunidad en que vivimos, que acabaría destacándose por una incidencia menor de delitos, accidentes, tragedias, vicios, suicidios...

Puede parecer utópico. No olvidemos, que todas las grandes realizaciones humanas comenzaron con soñadores que creían en sus sueños. Aunque nuestro empeño no encuentre repercusión, en principio, en aquellos que nos rodean, estaremos mejorando nuestra ciudad, nuestra casa y, sobre todo, a nosotros mismos, como si cargásemos con nosotros un generador de bendiciones.

En “Nuestro hogar” no circula dinero, el oro de la perdición humana. Vestuario, vivienda y alimentación son ofrecidos gratuitamente por el gobierno de la ciudad. Sería el paraíso de la ociosidad si no hubiese un pequeño detalle: solo viven allí Espíritus perfectamente conscientes de que el trabajo es ley divina, cuya observancia es indispensable para nuestro equilibrio y bienestar.

Así, todos trabajan.

No hay apadrinamientos, poder político o económico, sinecuras, ociosidad.

La medida de comparación de derechos es el merecimiento, en el riguroso cumplimiento del enunciado evangélico: A cada uno según sus obras. Quien más sirve, más tiene. Y hay escuelas, universidades, puestos avanzados de cultura, en estadios de

desarrollo inimaginables, donde los alumnos realizan estudios relacionados con el Universo y la Vida, preparándose para futuras reencarnaciones.

Movilizando su población la ciudad atiende a una enorme cantidad de Espíritus atribulados e infelices, que recogen los frutos de libertinajes y pasiones que cultivaron en la vida física. Eso es el trabajo más importante, en observación de la ley mayor – El Amor- que ejercitamos, según Jesús, cuando hacemos al semejante el bien que nos gustaría recibir de él.

Tanto los obreros del Bien, como aquellos que recogen en la Espiritualidad sufrimientos y desajustes resultantes de sus desatinos, nos dan noticia del Cielo y del Infierno, no como lugares geográficos, sino como un estado de consciencia. Donde estemos, uno de los dos estará, con nosotros, dependiendo de lo que hacemos o dejamos de hacer.

Hay quien pregunte:

“¿No sería más fácil evolucionar en el Plano Espiritual, integrando comunidades semejantes al de “Nuestro hogar”, junto a Espíritus conscientes y esclarecidos?

Ciertamente. Si consideramos, entretanto, que para la gran mayoría que compone la población terrestre, la reencarnación es una necesidad imperiosa por varias razones, destacándose:

Purgación de impurezas espirituales con los filtros de los males orgánicos...

Contención de tendencias inferiores bajo el guante de las deficiencias y limitaciones físicas...

Estímulo al trabajo, ante la necesidad de atender a la sustentación del cuerpo, bajo inspiración del instinto de conservación...

Superación de pasiones y fijaciones comprometedoras, favorecida por el choque biológico del renacimiento, que impone el olvido del pasado...

Reconciliación de desafectos reunidos por la consanguineidad, convocados a la reformulación de su relacionamiento por la convivencia en el hogar...

Sobre todo, la reencarnación prueba las adquisiciones morales, estableciendo el enfrentamiento entre los ideales renovadores que hacemos en el Más Allá y nuestra personalidad real, oculta en la profundidad de la consciencia.

Es fácil cultivar el Evangelio en “Nuestro hogar”, entre Espíritus que se orientan por las enseñanzas de Jesús.

La prueba está en hacerlo en las turbulencias de la sociedad humana. Aquí demostramos si hubo aprovechamiento o tendremos que comenzar todo de nuevo, como alumnos recalitrantes que no se esfuerzan en aprender la lección.

La orquesta y el CD

¿Experimentan los Espíritus nuestras necesidades y sufrimientos físicos?

- Los conocen porque los han padecido, pero no los experimentan como vosotros, en lo material, puesto que son Espíritus.

Pregunta 253

Espíritus sufridores, en reuniones de asistencia a los desencarnados, se quejan frecuentemente de dolores torturantes, algo curioso, ya que el dolor es un fenómeno físico.

Si acercamos la mano a la llama de una vela, los terminales nerviosos allí localizados llevarán, instantáneamente, la noticia para el cerebro, repercutiendo en nuestra consciencia como una estridente alarma, el dolor lancinante. En una fracción de segundo retiraremos la mano, evitando que sea incinerada.

Así, aunque execrada e indeseable, el dolor se sitúa como la más eficiente defensa de nuestro cuerpo. Si no fuese por su inestimable protección, fatalmente nos meteríamos en dolorosas situaciones sin esbozar una reacción. Hasta en un simple baño caliente podríamos herirnos, con graves quemaduras, si el termostato celular no nos avisase de que el agua está muy caliente.

Ese es uno de los problemas de la lepra, que destruye los agentes sensoriales en la epidermis. Un leproso se calzó el zapato en el cual el hijo inocentemente guardó un pequeño soldado de plomo. Anduvo durante todo el día sin notar nada. A la noche, al bañarse notó que su pie guardaba una sangrienta herida.

El dolor físico se sitúa también por eficiente instrumento evolutivo. La mayoría de las personas que buscan los templos religiosos es motivada por males variados que les imponen tormentosos padecimientos.

Se confortan, calman sus dolores y aprenden, sobre todo, a cultivar las virtudes cristianas, dando menos énfasis a las ilusiones. Eso ocurre particularmente en el Centro Espirita, escuela divina, taller de servicio redentor, en principio confundido con milagroso hospital para males renitentes. Guardian de la salud, maestra rigurosa de renovación, el dolor nos ayuda a preservar y valorizar la existencia humana.

¿Tratándose de un fenómeno material, que envuelve al cuerpo físico, porque los Espíritus desencarnados experimentan dolores?

Aquí es preciso recordar el periespíritu, eterio intermediario entre el Espíritu, el ser pensante, y el cuerpo físico, la máquina de que nos valemus para transitar por la materia. Es a través de él que el Espíritu toma conocimiento de lo que ocurre con el cuerpo y experimenta las sensaciones físicas.

El cáncer óseo provoca dolores martirizantes que, registradas por el cerebro, repercuten en la consciencia por intermedio del periespíritu. Después de la muerte, liberado de la

materia, el Espíritu no las tendrá. Entretanto, impresiones contenidas en los registros periespirituales lo incomodarán como si fuese dolores auténticos, hasta que supere el trauma relacionado con la enfermedad que lo mató. Algo semejante podrá ocurrir con el individuo que se amputa una pierna. Dolores y picores en el pie que se fue no son sensaciones, sino meras impresiones.

El tiempo para la solución de ese problema es variable, dependiendo de la evolución del Espíritu y de su preparación para la muerte. Cuanto más apegado con vicios y pasiones; cuanto mayor su ignorancia sobre el asunto, mayor será su dificultad.

No es raro que el desencarnado, inconsciente y perturbado, se aproxima a un familiar. Ocurre entonces un envolvimiento mediúmnico natural, situándose el Espíritu como un necesitado que implora socorro.

Sus impresiones periespirituales repercutirán en el encarnado, que las convertirá en dolor y malestar que les corresponden. Si la unión persiste, acabará buscando a un médico. Este no encontrará absolutamente nada en el paciente, ya que no hay lesión física. Es solo un fenómeno mediúmnico, perfectamente superable con el esclarecimiento y alejamiento del “obsesor”.

Del salón cerrado se escuchan sonidos fuertes de una orquesta. Abierta la puerta vemos que allí no hay nadie. Sofisticado aparato reproduce una vibrante composición musical gravada en CD. La música es real, pero los músicos solo existen en los registros sonoros.

El médium (aparato) reproduce dolores (sonidos) que el Espíritu sentía cuando encarnado, registradas en su periespíritu (impresiones). Así como la persona que está fuera del salón puede engañarse, pensando que la orquesta está presente, el familiar envuelto por el desencarnado en perturbación podrá imaginar que sufre un mal idéntico al que lo mató.

Un cardiólogo espírita, médium psicofónico, experimentó, en una reunión mediúmnica, síntomas típicos de un infarto: dolor intenso en el pecho, extendiéndose para el brazo izquierdo, malestar, sudor abundante...

Ayudado por amigos y familiares fue al consultorio. Llamó a la enfermera que trabajaba con él. Se sometió al electrocardiograma. Varios registros fueron hechos, sin encontrar absolutamente nada. La esposa le aplicó el pase magnético, después de la lectura de “El Evangelio según el Espiritismo” y evocación de benefactores espirituales. En breve la crisis fue extinguida. El problema fue mediúmnico, con la aproximación de un Espíritu agarrado por el infarto que provocó su muerte.

En el día siguiente, para confirmar que el fenómeno fue espiritual, el médico fue a jugar al tenis, sometándose a un intenso esfuerzo físico durante dos horas. Si hubiese un problema cardíaco fatalmente sufriría un infarto.

Multitudes, particularmente las personas dotadas de mayor sensibilidad psíquica se someten a tratamientos médicos caros, demorados e inútiles para males que se renuevan, consecuentes de una mera influencia de Espíritus perturbados y perturbadores.

Sin pretender ser la panacea infalible, la Doctrina Espirita ofrece preciosas ayudas para una mejor comprensión del asunto, con alternativas más eficientes en favor de aquel que se dispone a estudiar sus principios libertadores.

¿Alma gemela o esposas?

¿Las almas que deben unirse están, desde sus orígenes, predestinadas a esa unión y cada uno de nosotros tiene, en alguna parte del Universo, su mitad, a que fatalmente un día se reunirá?

No; no hay unión particular y fatal, de dos almas. La unión que hay es la de todos los Espíritus, pero en grados diversos, según la categoría que ocupan, esto es, según la perfección que hayan adquirido. Cuanto más perfectos, tanto más unidos. De la discordia nacen todos los males de los humanos; de la concordia resulta la completa felicidad.

Pregunta 298, de El libro de los Espíritus.

En uno de sus célebres diálogos, El Banquete, Platón narra una curiosa alegoría referente al amor.

En los inicios del Mundo, aquí vivían insólitos seres andróginos, de dos caras y dos pares de brazos y piernas. Por haber derrumbado a los dioses, fueron divididos por la mitad. Desde entonces, estas dos mitades, una femenina, otra masculina, buscan, ansiosas, la unidad perdida.

Desde el punto de vista emocional y psicológico, diríamos que el hombre y la mujer, con sus características propias, eminentemente masculinas o femeninas, son, realmente, dos pares que se completan:

El cerebro y el corazón.

La razón y el sentimiento.

La fuerza y la sensibilidad.

La energía y la dulzura.

Este encaje idealizado recuerda la teoría de las almas gemelas, destinadas a la unión eterna. De ahí tal vez, la expresión media naranja, usada en el relacionamiento conyugal. O naranja y media, cuando el marido se refiere jocosamente a los gastos excesivos de la esposa.

Principalmente los jóvenes, iniciantes en el arte de amar, sueñan encontrar esa mitad, alimentando tiernos anhelos de una convivencia perfecta, de un afecto sin fin, marcados por una inmensa ternura e imperecedera ventura.

Casi todos encuentran su mitad. Raros concretizan sus sueños, ya que la Tierra es un planeta de expiación y pruebas, donde la mayoría de los matrimonios representan el cumplimiento de compromisos de reajuste asumidos ante la Espiritualidad. Por eso, pasadas las primeras emociones, cuando los cónyuges enfrentan las realidades del día a día, los problemas relacionados con la educación de los hijos, las dificultades

financieras y, sobre todo, el bienestar de dos personalidades distintas, con sus limitaciones, ansiedades, vicios, angustias y desajustes, no tardan en desconfiar que la supuesta alma gemela sea solamente unas esposas, limitados que se sienten en su libertad, frustrados en sus aspiraciones.

Muchos se casan arrebatados de amor, que luego se disipa en el remolino de los roces y dificultades del matrimonio. Creyendo que erraron en escoger, alimentan un secreto deseo de un nuevo encuentro, en la eterna búsqueda del alma afín.

No es raro, rompen los compromisos conyugales y parten, decididos, reiniciando la búsqueda. Y encuentran nuevas esposas, eternizando sus angustias y generando problemas que se suceden, envolviendo principalmente a los hijos, víctimas indefensas de esas uniones efímeras.

El éxito en el matrimonio implica comprender que no hay mitades eternas que se buscan para completarse, como en la alegoría platónica. Hay, esto sí, Espíritus que sustentan una convivencia fraterna, con el empeño por ajustarse a las Leyes Divinas, superando sus desajustes íntimos, sus deficiencias y fragilidades.

Un corazón amargado, un carácter agresivo, una vocación para el resentimiento, un comportamiento impertinente – todo eso complica el matrimonio.

Existe un engaño de perspectiva, un equívoco generalizado. Las personas están esperando que el matrimonio sea acertado para que sean felices, cuando es necesario ser felices para que el matrimonio sea acertado.

La felicidad, a su vez, no reposa en alguien, en lo que pueda ofrecernos o hacer, sino, esencialmente, en los valores que conseguimos desarrollar en nosotros mismos, en nuestro universo interior. Solamente así podremos contribuir de forma decisiva para un matrimonio bien exitoso.

Fundamental, en este particular, que nos detengamos en la definición del amor, el principal agente de las uniones conyugales.

El amor legítimo no es una flecha de Cupido que nos alcanza. No es una fuente que brota burbujeante. No es una mera llama arrebatadora, como destaca la bella, pero equivocada, imagen poética de Vinícius de Moraes:

Que no sea inmortal, puesto que es llama, pero que sea infinito mientras dure.

Mucho más que llama de atracción efímera, el amor pide los valores de la convivencia para que se desarrolle y consolide.

Cónyuges que se quieren bien, que se aman de verdad, son aquellos que atraviesan juntos las tempestades de la existencia, perdonando uno al otro los fallos, cultivando comprensión, respeto y buena voluntad. Así, las esposas de hoy podrá ser el alma gemela del mañana, incluso porque el objetivo mayor del matrimonio es la armonización de los Espíritus que se unen para experiencias en la Tierra. Hoy sacados, tal vez hasta adversarios de otras existencias. ¡Mañana amigos, amantes de verdad!

Es lamentable cuando el matrimonio se separa, posponiendo la propia edificación. Lo mismo podemos decir cuando alguien proclama que soporta al cónyuge por fidelidad a la religión o a los hijos.

En la evaluación de nuestras experiencias terrestres, cuando regresemos al Plano Espiritual, una de las medidas ponderables, ver si aprovechamos la experiencia humana, al respecto de la convivencia con las personas, principalmente en el hogar.

¿Retornamos al Más allá llevando rencores, odios, amarguras, resentimientos?

¿Dejamos enemigos y enemistades?

Perdemos el tiempo, complicando el futuro.

¿Nos armonizamos con los familiares? ¿Edificamos la fraternidad legítima?

¿Construimos las bases de un entendimiento cristiano con el semejante?

Perfecto. Habremos realmente valorizado la jornada terrestre, habilitándonos a estadios en regiones felices, habitadas por almas afines, gemelas en la virtud, en la sabiduría, en el esfuerzo por cumplir las Leyes de Dios.

Recuerdo de los vivos

La visita a la tumba ¿da al Espíritu mayor satisfacción que una plegaria íntima?

- La visita a la tumba constituye un modo de demostrar que se piensa en el Espíritu ausente. Es la imagen de él. Ya os dije que la oración santifica el acto del recuerdo. Poco importa el lugar en que se pronuncie, si se lo hace con el corazón.

Pregunta 323

Los Espíritus revelan con frecuencia pleno conocimiento de lo que piensan y hacen los familiares reencarnados.

Inconcebible que estén permanentemente a nuestro lado, como desocupados del Más Allá o relegados a la fastidiosa función de “damas de compañía”.

Sabemos que no es así. Ellos desarrollan actividades relacionadas con su condición de habitantes del mundo invisible, no es raro que a distancia del contacto humano. Pero tienen un eficiente vehículo de información: el pensamiento, que es el lenguaje universal.

Cuando encarnados, nos revestimos de una densa armadura, el cuerpo físico, que inhibe nuestras percepciones, limitándolas a las posibilidades de estrechas “ventanitas”: los cinco sentidos. Así, el pensamiento, como medio de comunicación, queda perjudicado. Dígase de paso que el médium, que se habilita a captar el flujo mental de los Espíritus, convirtiéndolo en palabras, es simplemente alguien con una disposición orgánica adecuada a ese contacto, como si fuese una ventana amplia y especial en la coraza carnal.

Ocurre que la inhibición receptora no se extiende a la capacidad transmisora. No captamos objetivamente los pensamientos de los desencarnados, pero no estamos impedidos de emitirlos, esparciéndose por el cosmos, donde serán captados por Espíritus afines.

Cuando pensamos intensamente en un familiar o amigo desencarnado, él captará nuestra vibración mental, con la carga de sentimientos y emociones que transporta. Fácil percibir, así, el cuidado que debemos tener cuando fallece alguien unido a nuestro corazón, evitando sentimientos exacerbados de desespero, rebeldía, inconformidad. Esto porque ellos repercutirán en el desencarnado, imponiéndole penosas impresiones.

Se nota claramente ese problema en las manifestaciones mediúmnicas de un recién desencarnado. A parte de la emoción por la oportunidad de contacto con sus amados, piden, les piden encarecidamente que cambien sus disposiciones negativas, cultivando confianza en Dios. Así como hay los que matan por amor, inspirados en el exclusivismo enfermizo, hay los que queman por amor, ahogan por amor, dilaceran por amor, inspirados en mórbidas reminiscencias relacionadas con la tragedia que victimó afectos queridos a su corazón. Esto porque sus pensamientos desajustados, fijados indeleblemente en las circunstancias que determinaron el funesto acontecimiento,

repercuten en el desencarnado, haciéndolo revivir impresiones y emociones que le son penosas.

- Mamá - dice el Espíritu de una joven fallecida en un incendio-, cada vez que me ves así, me siento arder...

- Querida mía -dice el ahogado a la esposa en desespero-, cesa las preguntas, imaginando que podría haber sido diferente. El amor que nos une armoniza nuestras vibraciones y pensamientos. Me torturas con tu resentimiento, tu inconformidad.

Y todos son unánimes al implorar a los familiares que modifiquen sus disposiciones retornando a la normalidad y reencontrando la alegría de vivir. Esto no significa que nos eximamos de sufrimientos delante del ser amado que parte. Pero es importante no parar en el desespero o en el desaliento, dificultando su jornada en el más allá del túmulo.

Comprendiendo que nuestros muertos queridos se unen a nosotros por lazos de afectividad, recogen nuestras vibraciones, captan nuestros pensamientos, podemos percibir como es despropositada nuestra presencia en el cementerio para homenajearlos.

Al final, allí reposan apenas sus despojos. Más allá de eso hay lugares más apreciados para evocaciones deseadas.

Si un hijo se muda para una ciudad distante y decide visitarnos, será de mal gusto marcar un encuentro con él en el cementerio. Mejor, más lógico, más agradable esperarlo en nuestra propia casa, donde convivimos por largos años, donde cultivamos afectividad y que continúa siendo una extensión de su nuevo hogar.

Cementerio es depósito de cadáveres. No tiene nada que ver con el ser amado, que está vivísimo, más bien vivo que nosotros, sepultados en la carne. Y está vivo, nunca muerto, que podremos sentirlo junto a nosotros, en el hogar adornado con flores de afectividad y perfume de nostalgias, diciéndonos, en el interior de nuestra consciencia, con mucha fuerza y emoción de lo que es la más auténtica manifestación mediúmnica:

- ¡Estoy aquí!

Pocos experimentan ese glorioso contacto, no es porque nos falte sensibilidad psíquica. Nos falta, eso sí, el cultivo de ella y el empeño por superar determinados condicionamientos que la impiden.

El problema tal vez esté relacionado con la precariedad de nuestras convicciones. Católicos, budistas, evangélicos, espiritistas, mahometanos, judíos, somos todos espiritualistas, esto es, creemos en la existencia y sobrevivencia del Espíritu. Ocurre que esta realidad es para nosotros algo huido, distante, en que no nos detenemos debidamente, buscando conocimiento y comprensión. Los religiosos en general, incluso entre los espiritistas, acostumbran a localizar el intercambio con el Más Allá en los dominios de lo sobrenatural. La ignorancia sobre el asunto inspira la idea de que el contacto ostensivo con los Espíritus, en las llamadas apariciones, principalmente cuando estamos a solas, es algo profundamente amenazador.

Hay, sobre esto, la historia del joven que, aunque habituado a las oraciones y prácticas religiosas, tenía mucho miedo a los Espíritus. Dotado de alguna sensibilidad, presentía, no es raro, la presencia de su padre desencarnado. Se asustaba.

Un amigo espiritista le dijo:

- No tengas miedo. Es tu padre.
- Puede serlo, pero es un fantasma.
- Es tu padre.
- ¡Dios me libre! ¡Que nunca lo vea!...

Él residía cerca de un cementerio, por donde era obligatorio pasar para llegar a su casa. Y lo hacía tenso, temeroso, principalmente por la noche, cuando el manto del misterio hacía recrudecer todos sus temores.

Cierta vez dejó una fiesta alrededor de media noche. En las cercanías del camposanto el miedo lo paralizó. Jamás se atrevería a pasar solo por el desgraciado trecho, en una hora tan tardía cuando, según sus convicciones, las almas andan sueltas...

Amparándose en un poste de luz se quedó a la espera de un salvador, alguien que fuese en la misma dirección. En pocos momentos pasó un simpático viejecito.

- ¡Buenas noches!
- ¡Buenas noches, joven
- ¿Puede parecerle raro, pero puedo acompañarlo hasta el otro lado del cementerio?
- Aunque yo no sea ninguna gentil doncella, todo bien. Me gusta conversar.

Siguieron juntos, hablando de trivialidades. Al pasar junto al pesado portón que daba acceso al cementerio, el joven explicó:

- Le debo una explicación. Pedí su compañía porque tengo mucho miedo de los muertos...

El viejito sonrió con benevolencia.

- Comprendo bien lo que es eso, joven. Yo también tenía mucho miedo de los muertos cuando estaba vivo.

La historia no dice si nuestro héroe cayó al suelo, desencarnó del susto o simplemente huyó a una velocidad récord. De cualquier forma, fue una reacción lamentable. Él enriquecería mucho su existencia si pudiese desarrollar y usar adecuadamente su sensibilidad, superando milenarios temores que impiden nuestras posibilidades de gratificantes experiencias personales, en el intercambio con el más allá.

“La poca familiaridad con el asunto hace a las personas temer a los Espíritus, sin atender a su propia condición de seres espirituales encarnados. Tratando del origen y destinación de los Espíritus, con los temas que les son consecuentes, el autor contribuye para la superación de ese atávico temor. Fiel a la orientación contenida en “El libro de

los Espíritus”, discurre sobre los objetivos de la jornada humana, resaltando las oportunidades de edificación que ella ofrece”.

Fin